



Español. Libro de Lectura

Cuarto grado

Español

Libro de lectura

Cuarto grado



SEP

SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN PÚBLICA

Español. Libro de lectura. Cuarto grado fue elaborado y editado por la Dirección General de Materiales Educativos de la Secretaría de la Educación Pública.

Comité de selección de libros de lectura

Departamento de Investigaciones Educativas (DIE) del Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional (Cinvestav), Universidad Pedagógica Nacional (UPN), Escuela Mexicana de Escritores, Dirección General de Educación Indígena (DGEI), Dirección General de Desarrollo Curricular (DGDC) y Dirección General de Materiales Educativos (DGME)

Apoyo técnico

Elizabeth Silva Castillo, Anayte Pérez Jiménez, Itzel Vargas Moreno

Supervisión editorial

Jessica Mariana Ortega Rodríguez

Cuidado editorial

Alejandro Rodríguez Vázquez

Producción editorial

Martín Aguilar Gallegos

Actualización de archivos

Moisés García González

Portada

Diseño: Martín Aguilar Gallegos

Iconografía: Irene León Coxtinica

Imagen: *La maestra rural* (detalle), 1924, Diego Rivera (1886-1957), fresco, 2.21 × 7.78 m, ubicado en el Patio del Trabajo, segundo nivel (escalera), D. R. © Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Proyectos Editoriales y Culturales/fotografía de Gerardo Landa Rojano; D. R. © 2019 Banco de México, Fiduiciario en el Fideicomiso relativo a los Museos Diego Rivera y Frida Kahlo. Av. 5 de Mayo No. 2, col. Centro, Cuauhtémoc, C. P. 06059, Ciudad de México; reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, 2019.

Servicios editoriales

Efrén Calleja Macedo

Dirección de arte

Benito López Martínez

Coordinación editorial

Mary Carmen Reyes López

Asistencia editorial

María Magdalena Alpizar Díaz, Rubí Fernández Nava

Coordinación de ilustración

Fabrizio Vanden Broeck

Diseño gráfico

María Soledad Arellano Carrasco

Captura de textos

Selma Isabel Jaber de Lima, Yvonne Cartín Cid

Ilustración de índice

León Braojos

Español. Libro de lectura. Cuarto grado

se imprimió por encargo

de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos,

en los talleres de

con domicilio en

en el mes de de 2019.

El tiraje fue de ejemplares.

Primera edición, 2014

Segunda edición, 2017

Tercera edición, 2019 (ciclo escolar 2019-2020)

D. R. © Secretaría de Educación Pública, 2019,

Argentina 28, Centro,

06020, Ciudad de México

ISBN: 978-607-551-153-5

Impreso en México

DISTRIBUCIÓN GRATUITA-PROHIBIDA SU VENTA

En los materiales dirigidos a las educadoras, las maestras, los maestros, las madres y los padres de familia de educación preescolar, primaria y secundaria, la Secretaría de Educación Pública (SEP) emplea los términos: niño(s), adolescente(s), jóvenes, alumno(s), educadora(s), maestro(s), profesor(es), docente(s) y padres de familia aludiendo a ambos géneros, con la finalidad de facilitar la lectura. Sin embargo, este criterio editorial no demerita los compromisos que la SEP asume en cada una de las acciones encaminadas a consolidar la equidad de género.

Agradecimientos

La Secretaría de Educación Pública extiende un especial agradecimiento a la Academia Mexicana de la Lengua por su participación en la revisión de la primera edición 2014.

Presentación

Este libro de texto fue elaborado para cumplir con el anhelo compartido de que en el país se ofrezca una educación con equidad y calidad, en la que todos los alumnos aprendan, sin importar su origen, su condición personal, económica o social, y en la que se promueva una formación centrada en la dignidad humana, la solidaridad, el amor a la patria, el respeto y cuidado de la salud, así como la preservación del medio ambiente.

En su elaboración han participado alumnos, maestras y maestros, autoridades escolares, expertos, padres de familia y académicos; su participación hizo posible que este libro llegue a las manos de todos los estudiantes del país. Con las opiniones y propuestas de mejora que surjan del uso de esta obra en el aula se enriquecerán sus contenidos, por lo mismo los invitamos a compartir sus observaciones y sugerencias a la Dirección General de Materiales Educativos de la Secretaría de Educación Pública y al correo electrónico: librosdetexto@nube.sep.gob.mx.

Estimado maestro:

Este libro tiene como propósito impulsar el desarrollo lector de sus estudiantes; es decir, que aprendan a leer (y escribir), así como a emplear estrategias de lectura para comprender lo que leen y a disfrutar de la lectura como actividad lúdica.

Las lecturas pueden abordarse en el orden que usted o su grupo lo deseen, pues constituyen una selección diversa que busca ser significativa para el desarrollo lector de los estudiantes.

En la selección predominan los textos literarios: cuentos, adivinanzas, poemas, canciones, textos rimados, entre otros. Encontrará también que en cada grado se in-

cluyen historias sin palabras, con las que se busca que los estudiantes puedan desarrollar su imaginación, pero sobre todo que realicen la lectura de imágenes poniendo en juego diferentes habilidades de comprensión lectora, como la inferencia y la interpretación.

Cabe destacar que la selección incluye autores mexicanos y extranjeros de diversos géneros, especializados y no especializados en literatura infantil, lo que permite que sea un material variado y atractivo.

Le deseamos mucho éxito en su tarea y esperamos que este libro lo apoye en su importante labor en favor de la niñez mexicana.

Estimado estudiante:

¡Bienvenido a tu *Libro de lectura!*

Este material es propiedad de: _____
lector de cuarto grado.

Como lector, tienes derecho a:

- Que reconozcan que eres capaz de leer.
- Leer un texto las veces que quieras.
- Pedir que te lean y escuchar leer.
- Leer lo que te guste y en cualquier sitio.
- Compartir lo que sientes y piensas de las lecturas.



ÍNDICE



El colibrí	8
El conde Olinos	10
El pizarrón encantado	12
El trailerero de la carretera	16
Alas de petate	22
El fantasma de Canterville	32
Ylkuit y rop kieg lacc /	
La muerte y el pelón	46
El engaño de la milpa	48
Una vaca y un edificio	52
Sensemaya	54
El jicote aguamielero	56
Galeano	60
El chicle	66
Tajín y los Siete Truenos	74
Chitiliche uan metstli /	
Cuando se enferma la luna	88
De la luna	90
Sol de Monterrey	96
El viaje	100
El Patito Feo	104



Las tres plumas o la princesa rana..	110
El alebrije	122
Tláloc	142
Mocambo	143
Refranes del Quijote	144
El mundo de don Quijote	148
Los cinco soles	156
Bibliografía	160



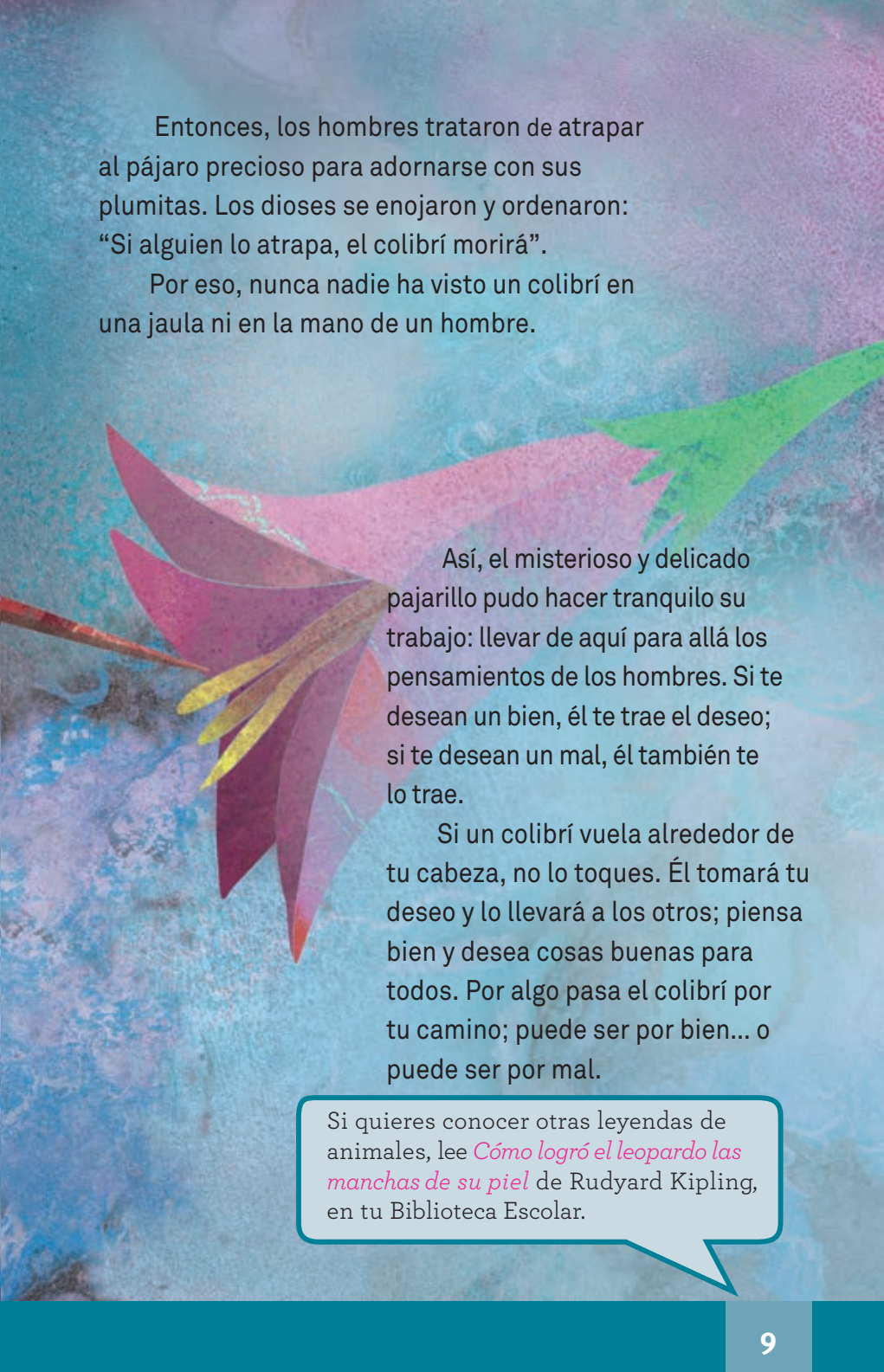
El colibrí

 TEXTO: Roxanna Erdman / ILUSTRACIÓN: Fabricio Vanden Broeck

Los mayas, más viejos y sabios, cuentan que los dioses crearon todas las cosas de la Tierra. Y a cada animal, a cada árbol y a cada piedra le encargaron un trabajo. Pero, cuando ya habían terminado, notaron que no había nadie encargado de llevar los deseos y los pensamientos de un lado a otro.

Como ya no tenían barro ni maíz para hacer otro animal, tomaron una piedra de jade y tallaron una flecha. Era una flecha muy chiquita. Cuando estuvo lista, soplaron sobre ella y la flechita salió volando. Ya no era una flechita, porque estaba viva. Los dioses habían hecho un colibrí.

Era tan frágil y tan ligero el colibrí que podía acercarse a las flores más delicadas sin mover uno solo de sus pétalos. Sus plumas brillaban bajo el sol como gotas de lluvia y reflejaban todos los colores.



Entonces, los hombres trataron de atrapar al pájaro precioso para adornarse con sus plumitas. Los dioses se enojaron y ordenaron: “Si alguien lo atrapa, el colibrí morirá”.

Por eso, nunca nadie ha visto un colibrí en una jaula ni en la mano de un hombre.

Así, el misterioso y delicado pajarillo pudo hacer tranquilo su trabajo: llevar de aquí para allá los pensamientos de los hombres. Si te desean un bien, él te trae el deseo; si te desean un mal, él también te lo trae.

Si un colibrí vuela alrededor de tu cabeza, no lo toques. Él tomará tu deseo y lo llevará a los otros; piensa bien y desea cosas buenas para todos. Por algo pasa el colibrí por tu camino; puede ser por bien... o puede ser por mal.

Si quieres conocer otras leyendas de animales, lee *Cómo logró el leopardo las manchas de su piel* de Rudyard Kipling, en tu Biblioteca Escolar.

El conde Olinos

✿ TEXTO: Anónimo adaptado / ILUSTRACIÓN: Maricarmen Guzmán

Paseaba el conde Olinos
mañanita de San Juan,
a dar agua a su caballo
a las orillas del mar.

Mientras el caballo bebe,
él canta un dulce cantar,
todas las aves del cielo
se paraban a escuchar.
La reina estaba bordando,
la hija durmiendo está;

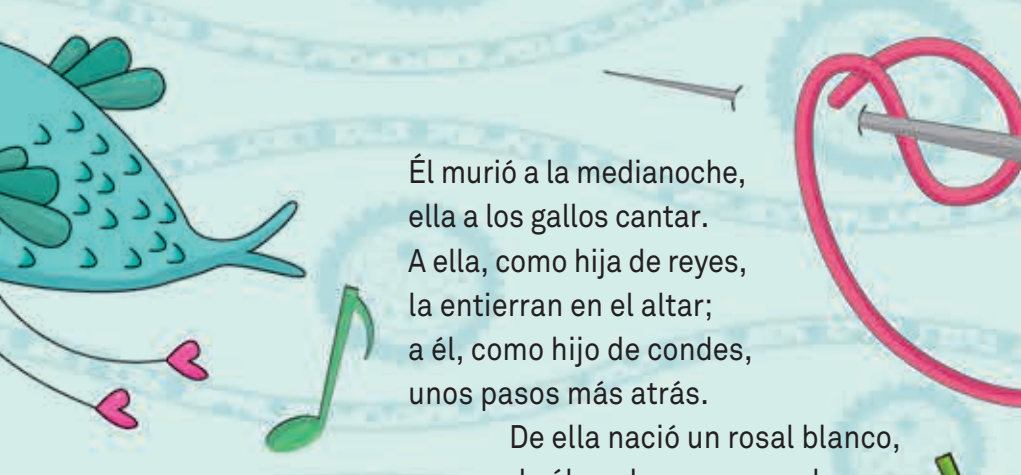
—Despiértate, hija mía,
de ese tu dulce soñar:
oirás cantar hermoso
la sirenita del mar.

—No es la sirenita, madre,
la de tan dulce cantar,
sino que es el conde Olinos,
que por mis amores va.


—Si por tus amores pena,
yo le mandaré matar.

—Si le manda matar, madre
juntos nos ha de enterrar.






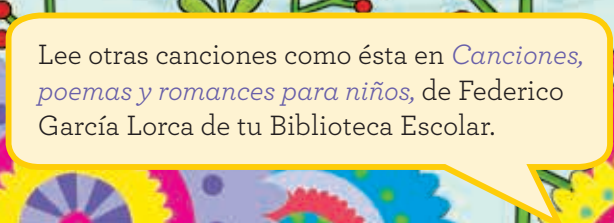
Él murió a la medianoche,
ella a los gallos cantar.
A ella, como hija de reyes,
la entierran en el altar;
a él, como hijo de condes,
unos pasos más atrás.



De ella nació un rosal blanco,
de él, un hermoso rosal;
crece el uno, crece el otro,
los dos se van a juntar;
las ramitas que se encuentran
grandes abrazos se dan,
y las que no se alcanzaban
no dejan de suspirar.



La reina, llena de envidia,
ambos los mandó cortar.
De ella nació una garza,
de él un fuerte gavilán;
juntos vuelan por el cielo,
juntos vuelan par a par.



Lee otras canciones como ésta en *Canciones, poemas y romances para niños*, de Federico García Lorca de tu Biblioteca Escolar.



El pizarrón encantado

✿ TEXTO: Emilio Carballido, fragmento
ILUSTRACIÓN: Maricarmen Guzmán

Adrián estaba de vacaciones y jugaba a la pelota con sus amigos en el callejón. A veces metían gol, a veces rompían una ventana, como ahora que se asomó a gritarles un profesor barbudo. Adrián llegó a su casa muy aprisa, sin aire, porque subió cuatro pisos corriendo.

—Ya llegué —gritó, como siempre.

Nadie le contestó. Su mamá no vino de la cocina y de las otras piezas tampoco vino nadie. Adrián prendió la luz, pues empezaba a oscurecer. En la mesa del comedor encontró un papel que decía:



Adrián:

Tu papá está enfermo y tengo que irme con él enseguida. Por más que te busqué, quién sabe dónde andabas. Hijito, pórtate bien. Te dejo cinco pesos para que te vayas a casa de tu tío Austero. Le das la carta que aquí verás. Hijo, pórtate de veras bien, lávate los dientes y acuérdate de decir buenos días.

Muchos besos de tu mamá.

Adrián se quedó leyendo la carta varias veces. Apagó las luces, tomó una maletita que le había preparado su mamá y cerró el departamento con llave.

La casa de los tíos era muy grande, con un zaguán muy alto y un portón medio desvencijado.

Adrián no alcanzaba el timbre, tocó el aldabón y lo oyó retumbar. El aldabón era una cabeza de perro que se le quedó viendo de mal modo, como diciendo: toca más quedito.

La casa estaba llena de roperos con espejos; tenía más escaleras de lo que parecía necesario y un sótano enorme. También, muchos rincones, tinas de baño con patas de animal, selva de plantas en los corredores y un loro malhumorado, el cual gustaba de recitar poesía, pero no lo hacía muy bien y se le revolvían los poemas.



Vivían allí, además, tres gatos amistosos: Pitirifas, Fadrique y Numa. Aceptaban a veces jugar con Adrián y dormían con él por turnos, pues en la noche tenían muchas obligaciones.

Y sucedió así, y aquí viene ya lo más importante y digno de contar: que los gatos jugaban al escondite con Adrián. Y bajaron corriendo al sótano, y se escondieron dentro... ¡De pronto Adrián se fue de boca!... El sótano estaba lleno de cosas curiosísimas: retratos y cuadros, un espejo muy empañado, un ángel manco y sin nariz, varios baúles, sillas cojas, un ropero chueco donde había bastantes frascos raros y retorcidos con líquidos



de colores, y un cucurucho de seda negra, muy viejo, con bordados en oro, de estrellas y lunas; y un pizarrón muy terso, con marco azul, que mientras lo miraba fue poniéndose rojo y luego cambió a morado y a verde. Esto era muy bonito y asombroso. Adrián tomó un gis y pensó escribir algo. ¡Ah!, ya sé qué...



Lee *El manto terrestre* y conoce las aventuras de un mago, un conejo, una paloma, varios vampiros vegetarianos y un circo, en otra peculiar historia de Emilio Carballido. Búscalo en tu Biblioteca Escolar.

El trailerero de la carretera

✿ TEXTO: Versión de Rubén Fischer / ILUSTRACIÓN: Josel



Hace mucho tiempo, sobre la carretera de La Rumorosa, un trailerero manejaba a toda velocidad rumbo a Mexicali, pues su esposa estaba a punto de dar a luz y quería llegar rápido a su casa, ya que llevaba dinero para lo que se ofreciera. Pero, cuando iba a tomar una peligrosa curva perdió el control y se estrelló contra unas rocas.

El chofer se bajó del tráiler todo aturdido, se miró el cuerpo y se alegró al darse cuenta de que no le había pasado nada. Entonces esperó a que pasara alguien para que le ayudara o lo llevara a la ciudad, pero durante mucho tiempo nadie cruzó aquellos cerros. El hombre se quedó dormido y cuando despertó se sorprendió al ver todo oscuro. No entendía qué pasaba, así que decidió caminar. Caminó y caminó, avanzó una buena distancia, sabía que la salida de La Rumorosa estaba cerca, sin embargo, cuando se dio cuenta se encontró en el mismo lugar del accidente...



A los tres días hallaron el camión pero no al conductor; de él no se supo nada. Hasta que en una ocasión, años más tarde, un muchacho se detuvo porque un hombre le hizo señas.

—Amigo, me llamo Francisco Vázquez y necesito con urgencia que mi mujer reciba un dinero porque va a tener un niño. Yo no puedo ir, mi tráiler se descompuso y no lo puedo dejar aquí.

—Sí, señor, con gusto se lo llevaré —contestó el muchacho—, sólo dígame adónde vive su señora.

El hombre le entregó un papel en el que anotó la dirección y el nombre de su esposa. Al despedirse, el joven sintió que un escalofrío le recorría la espalda, pues al darle la mano, el señor estaba tan frío como un muerto. El muchacho no le dio importancia, subió a su tráiler y se encaminó a la ciudad de Mexicali.





Al día siguiente, fue a buscar a la señora pero no la encontró. Alguien le dijo que ya no vivía ahí, que hacía tiempo se había cambiado. Sin darse por vencido preguntó en varios lugares, hasta que por las señas del papel una anciana le indicó dónde vivía. Al llegar, dio unos golpes en la puerta y esperó a que abrieran.



—¿Dígame, joven? —le preguntó la señora.

—Perdone, ¿aquí vive la esposa del señor Francisco Vázquez?

—Soy yo —contestó ella—, ¿qué se le ofrece?

—Ayer en la carretera, su esposo me pidió que le trajera este dinero, porque se le descompuso el tráiler...

—¡No puede ser! —lo interrumpió la señora tapándose la boca—. Mi marido murió hace cinco años.

Al muchacho le temblaron las piernas. Le dejó el dinero a la señora, que se puso a llorar, y se fue para su casa todo asustado. Cuando llegó, apenas había cerrado la puerta, descubrió frente a él al trailerero de la carretera y brincó espantado, sentía que una fuerza extraña lo invadía.

—¡Gracias, amigo! —le dijo el muerto con voz cavernosa, mientras desaparecía.

El joven podía escuchar los latidos de su corazón y tardó un buen rato en recuperarse de la impresión. Tiempo después, al platicar con unos amigos, se enteró que el trailerero ya se había aparecido a otros hombres, que no habían cumplido con el encargo del muerto; por eso se les fue secando el cuerpo hasta quedar como esqueletos.




Si te gusta el terror, busca la antología *Cuentos de terror*, de tu Biblioteca Escolar.

Alas de petate

✿ TEXTO: Marta Romo

ILUSTRACIÓN: José Esteban Martínez

A stylized illustration of a woman's face in profile, looking towards the right. She has dark hair and is wearing a dark headscarf. Her eyes are closed, and she has a slightly pained or weary expression. Below her face, a spotted cat is visible, looking towards the left. The background is a soft, pastel-colored wash of light blue, green, and pink.

Tres rayitos de sol entran suavcito
en el cuarto donde Liliana duerme, al
mismo tiempo que tiene pesadillas.

A esta niña la visita todos los lunes
en la noche una anciana que
va enredada en un chal negro con
enormes agujeros de los que sale
un olor penetrante. La mujer camina
con gran dificultad sobre dos piernas
de trapo, que no logran sostenerla muy
bien, por lo que parece que flota en el
viento de la noche. Lleva con ella un gato
del color que quieras, que tiene un par de
ojos adicionales en el trasero.

Camilo Lorenzo —que así se llama el gato— ve, como las moscas, hacia adelante, a los lados y también para atrás, lo que representa una enorme desventaja para los ratones.

La vieja habita en el mundo de los fantasmas y los aparecidos. Con mucho problema atraviesa, cada lunes, después de que el sol se ha puesto, mundos extraños e inexplicables. Con tal de llegar hasta la cama de Liliana, enfrenta todo tipo de peligros.



Lucha abiertamente con el rocío de la madrugada que la humedece profundamente, con riesgo de que se vuelva a morir de pulmonía.

Combate contra el sonido de las campanas embrujadas, que le gritan insistentemente y la amenazan con desaparecerla.

También los chaneques le hacen travesuras escondiéndole su bordón y haciéndole cosquillas en las patas de trapo, lo que hace que ella se ría con enormes carcajadas que despiertan a los coyotes, topos, guajolotes y a los colibríes de los alrededores.

Al lograr vencer al rocío, las campanas y los chaneques, espanta los sueños tranquilos de Liliana. Dándoles golpes con su bastón, hace a los sueños a un lado y, con la ayuda de su gato, sube en una pesadilla y en ella se desliza hasta llegar a la niña, que se sobresalta cuando siente que la vieja y el gato están sentados a los pies de su cama.





Liliana, todavía dormida, se sienta y busca con su mano al animalito para ver si es cierto que está soñando con doña Aparición y Camilo Lorenzo. Al sentir el gato que la niña lo acaricia, ronronea plácidamente. Liliana grita desesperada:

—¡Abuelito, abuelito, ven rápido, aquí está doña Aparición!

Inmediatamente llega el abuelo, la tranquiliza, la arroja con cuidado, enciende una vela y le demuestra que no hay nadie en la pieza.



Es que a doña Aparición sólo puede verla Liliana.

Después de un rato de mimos, el abuelo apaga la vela y sale para acomodarse de nuevo en su catre.

Doña Aparición aprovecha la ausencia del abuelo para hablar a solas con Liliana.



—Mi niña. Escucha, yo no quiero asustarte; está bien que estoy un poco descompuesta, pero qué puedo hacer si la vida me ha aporreado mucho.

Y doña Aparición se ríe mostrando su dentadura chimuela.

—Escucha bien, Liliana, yo batallo muchísimo para llegar hasta aquí; pero lo hago porque tu abuela, que es mi amiga, hace tiempo me pidió que te entregara un tesoro.



La niña responde asustada:

—Mi abuelita se murió en el año del hambre, yo casi ni me acuerdo de ella.

—Ella te quería mucho, Liliana, fuiste su ilusión, llevas su nombre. Acepta, anda, ¡vence al miedo!

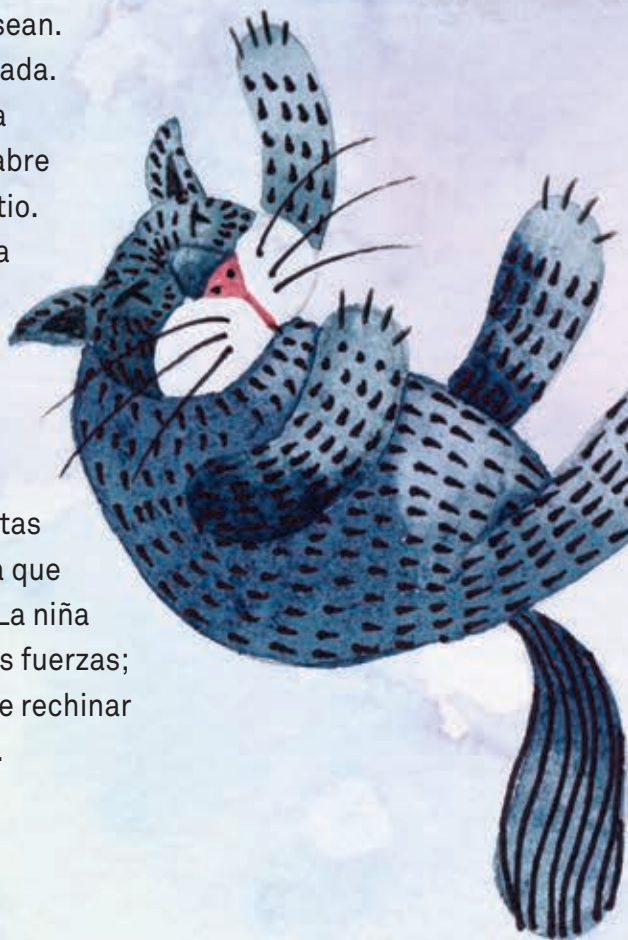
—Mmm... lo voy a pensar, doña Aparición.

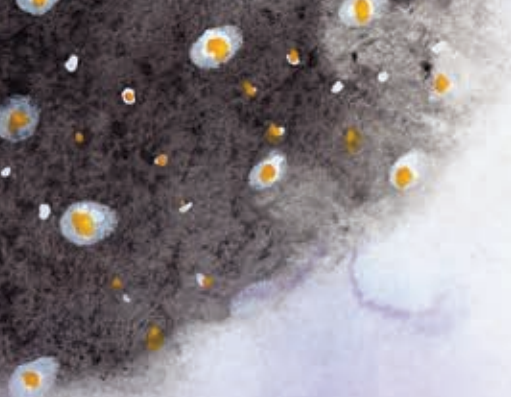
La anciana le explica que el tesoro está enterrado en el tercer patio, cerca del corral. Le dice que deberá esperar la primera luna nueva después de la Nochebuena. Doña Aparición le insiste a Liliana en que guarde el secreto pues, de lo contrario, el tesoro se convertirá en polilla.

Los días pasan lentamente. La niña desea que sus pesadillas desaparezcan aunque tenga que cruzar los patios de noche.

Liliana toma prestada una vela grande y gruesa del arcón donde su abuelo las esconde, pues son tiempos difíciles en los que el dinero y las velas escasean.


Llega la noche esperada. Liliana con su vela en la mano y mucho miedo, abre la puerta del primer patio. En el segundo patio una ráfaga de viento helado le apaga la llama; a pesar de ello, decide valientemente seguir hasta el lugar indicado. Avanza a tientas y tropieza con la puerta que guarda el tercer patio. La niña la empuja con todas sus fuerzas; ésta cruje y, después de rechinar horriblemente, se abre.






¡Cuál sería su sorpresa al ver el patio iluminado por miles de luciérnagas que revolotean alrededor de doña Aparición!

La vieja está sentada en una sillita baja de petatillo —de esas que tienen pintadas flores de colores muy alegres—, con Camilo Lorenzo dormido en su regazo. Parece que el gato tiene dulces sueños. Doña Aparición habla con tranquilidad:



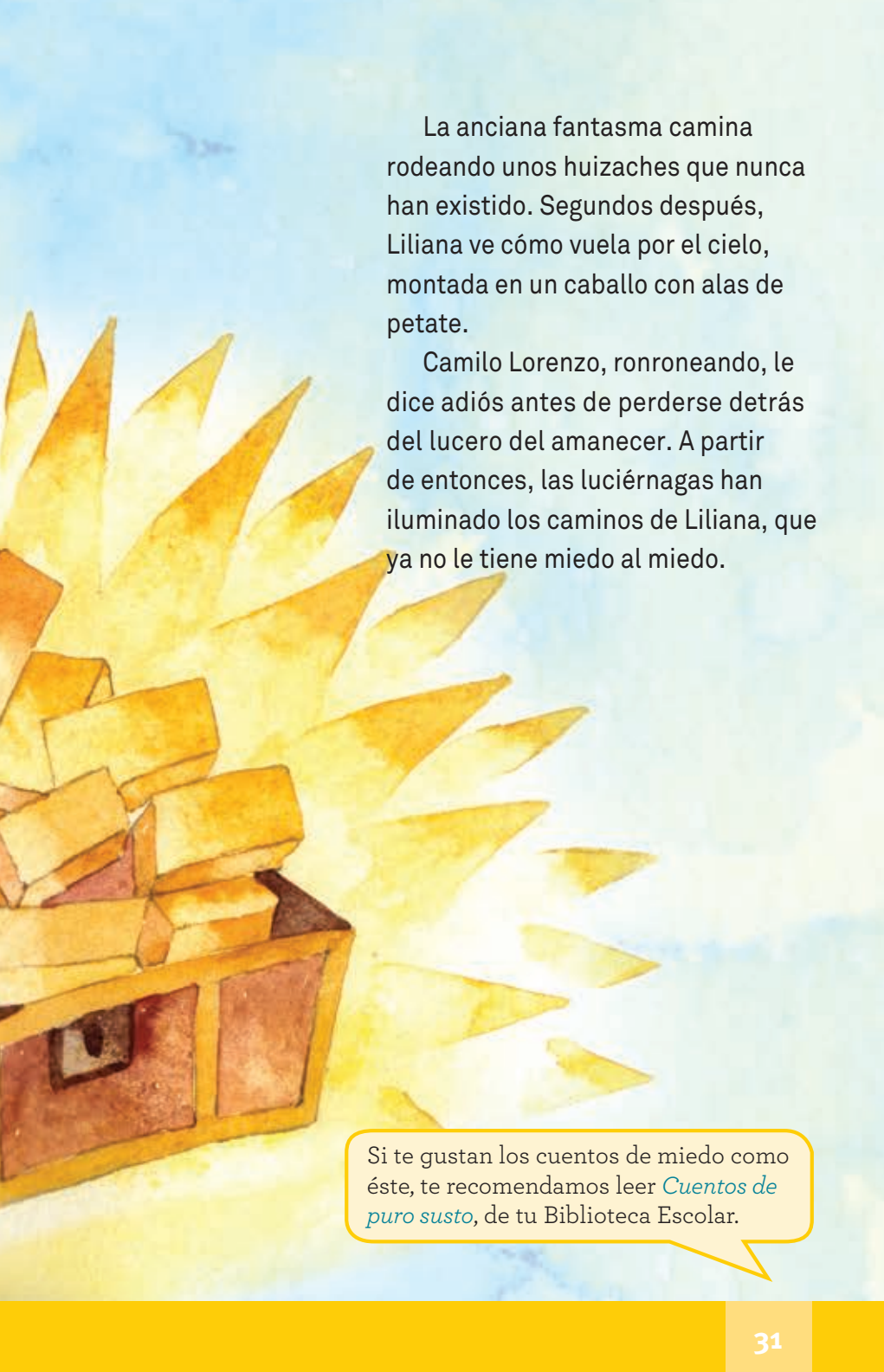
—Bienvenida, Liliana, te has vencido a ti misma. Ahora, escarba debajo de esa piedra de río.

La anciana le ayuda a quitarla, entre las dos la cargan y la hacen a un lado. Liliana escarba rápidamente mientras la vieja la observa y la ilumina con sus luciérnagas.



De pronto, Liliana se topa con algo muy duro; se ha encontrado con unos lingotes de fierro blancos y amarillos. Con muchos esfuerzos logra sacarlos. Después, encuentra una talega que contiene el tesoro. La abre. La niña percibe una luz blanca que centellea. Adentro encuentra rarísimas conchas de mar traídas de playas de mundos lejanos, pétalos de pensamientos, tres rayitos de sol, un haz de luz de luna y una brasa mágica que nunca se apaga ni se extingue.





La anciana fantasma camina rodeando unos huizaches que nunca han existido. Segundos después, Liliana ve cómo vuela por el cielo, montada en un caballo con alas de petate.

Camilo Lorenzo, ronroneando, le dice adiós antes de perderse detrás del lucero del amanecer. A partir de entonces, las luciérnagas han iluminado los caminos de Liliana, que ya no le tiene miedo al miedo.

Si te gustan los cuentos de miedo como éste, te recomendamos leer *Cuentos de puro susto*, de tu Biblioteca Escolar.

El fantasma de Canterville

✿ TEXTO: Oscar Wilde, adaptación

ILUSTRACIÓN: Josel

Cuando el señor Otis, ministro de Estados Unidos, adquirió el castillo de Canterville, todo el mundo le dijo que cometía un grave error, pues aquel castillo estaba embrujado. Incluso el señor Canterville se lo advirtió cuando trataron las condiciones de compraventa.

—Mi familia y yo —dijo el señor Canterville— nos hemos negado a vivir allí desde hace mucho tiempo. Es mi deber advertirle que el fantasma ha sido visto por todos nosotros.

—Señor Canterville —contestó el ministro sonriendo—, compraré el castillo con todo y fantasma por el mismo precio. Soy un hombre moderno y estoy seguro de que si queda todavía un auténtico fantasma, algún jovencito de mi país lo atraparé para colocarlo en uno de nuestros museos o exhibirlo como un fenómeno de feria.

—El fantasma sí existe —insistió el señor Canterville—, hace más de tres siglos que se le conoce.

—¡Bah! Los fantasmas no existen —contestó el señor Otis.

—Bueno, si a usted le gusta tener un fantasma en casa, ¡qué mejor!; sólo recuerde que yo lo previne —concluyó el señor Canterville.





Después de unas semanas se cerró el trato, y el señor Otis y su familia se mudaron al castillo.

La familia Otis estaba formada por el ministro, la señora Lucrecia, el hijo mayor llamado Washington, una hija llamada Virginia y dos pequeños gemelos.

La misma noche que llegó la familia Otis al castillo, precisamente cuando estaban cenando, la señora Lucrecia observó una mancha de color

rojo oscuro en el suelo, cerca de la chimenea, y le dijo a la empleada:

—Veo que se ha caído algo en ese sitio.

—Sí, señora —contestó la empleada—, es una mancha de sangre.

—¡Es espantoso! —dijo la señora Otis—. No me gustan las manchas de sangre en un salón. ¡Hay que limpiar eso inmediatamente!

—Esa sangre es de la señora Leonor de Canterville,



que murió misteriosamente —replicó la empleada—, y dicen que su alma sigue en pena, vagando por el castillo. Es imposible borrar esa mancha.

—¡Tonterías!

—exclamó el señor Otis—. Con un líquido quitamanchas desaparecerá en un instante.

Y antes de que la empleada pudiera intervenir, el ministro salió del comedor, regresó con un frasco y se arrodilló para frotar la mancha con el líquido. A los pocos instantes había desaparecido.

—¡Yo sabía que este líquido la borraría!

—exclamó en tono triunfal el señor Otis. Apenas había pronunciado esas palabras, cuando un relámpago iluminó toda la estancia y retumbó un gran trueno que hizo que la empleada se desmayara.

Cuando volvió en sí, la mujer les comentó a los señores Otis que había escuchado cosas terribles de aquel castillo. Ellos le aseguraron que no tenían miedo de ningún fantasma.

La tormenta continuó toda la noche, sin que

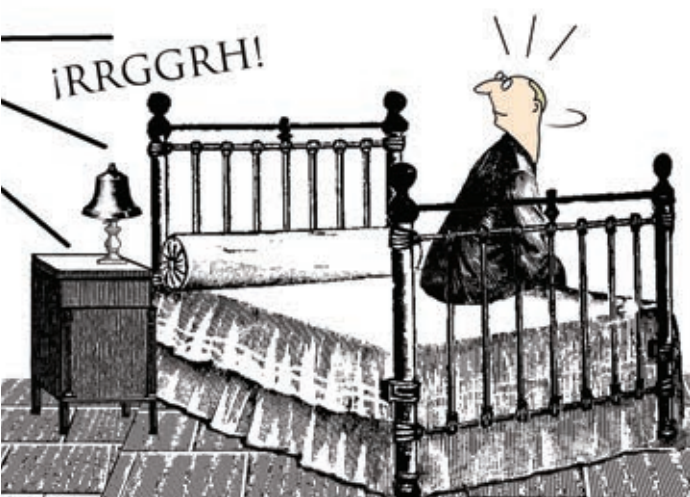
sucediera nada extraordinario. A la mañana siguiente, cuando la familia bajó a desayunar, encontraron nuevamente la mancha en el piso.

El señor Otis comentó que no era culpa del líquido que había usado. Nuevamente frotó la mancha y ésta desapareció. Sin embargo, al día siguiente apareció de nuevo. Durante varios días sucedió lo mismo: quitaban la mancha y al día siguiente aparecía. La familia Otis comenzó a aceptar la existencia del fantasma.

Una noche, después de la cena, toda la familia se

retiró a sus habitaciones; cuando el reloj marcó las once y media, todas las luces del castillo ya estaban apagadas. Al poco rato, el señor Otis despertó; había escuchado ruidos extraños y pisadas en el corredor. Se levantó de su cama, se puso unos zapatos, cogió un frasco y abrió la puerta.

Vio, frente a él a un fantasma de aspecto aterrador, con una larga cabellera gris, harapiento y con las muñecas y los tobillos atrapados por pesadas cadenas oxidadas.



—Mi querido señor —dijo el ministro—, perdone usted, pero sus cadenas hacen mucho ruido y creo que necesita engrasarlas. Le presto un frasco de aceite quitarrechinidos. Lo dejaré aquí junto a los candelabros, y tendré mucho gusto de prestarle más si le hace falta.

Después de decir esto, el señor Otis cerró la puerta y se volvió a meter en la cama.

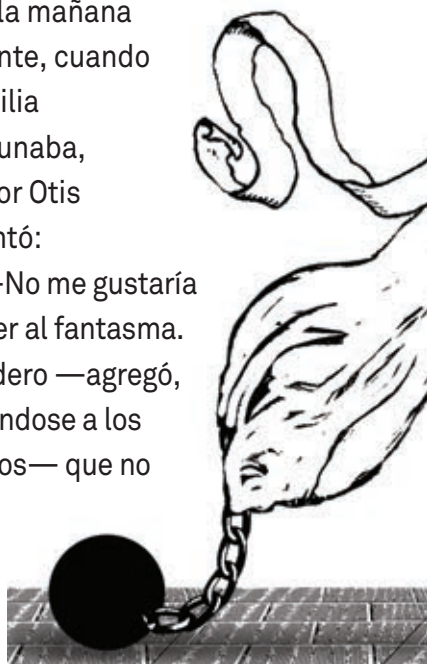
El fantasma se quedó unos minutos paralizado de la indignación. Arrojó el frasco contra el suelo y corrió por el pasillo, gritando furiosamente. Al final del pasillo se abrió una puerta y aparecieron los dos pequeños gemelos. Ambos arrojaron grandes almohadas sobre la cabeza del fantasma, que, más indignado aún, desapareció rápidamente a través de la pared.

Cuando el fantasma llegó a su escondite, respiró

profundamente y pensó que jamás, en trescientos años, lo habían humillado de una forma tan grosera. Recordó otros tiempos en los que había asustado e impresionado a miles y miles de personas. Y todo esto, ¿para qué? ¿Para que le ofrecieran aceite quitarrechinidos y le arrojaran almohadas a la cabeza? Era una situación realmente intolerable.

A la mañana siguiente, cuando la familia desayunaba, el señor Otis comentó:

—No me gustaría ofender al fantasma. Considero —agregó, dirigiéndose a los gemelos— que no

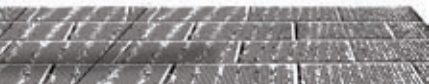


fue correcto haberle tirado almohadas a la cabeza.

Los pequeños rieron a carcajadas.

—Por otro lado —continuó el señor Otis—, si se niega a utilizar el aceite quitarrechinidos, nos veremos en la necesidad de quitarle sus cadenas, pues será imposible dormir con ese ruido.

Durante la siguiente semana, la familia Otis no fue molestada por

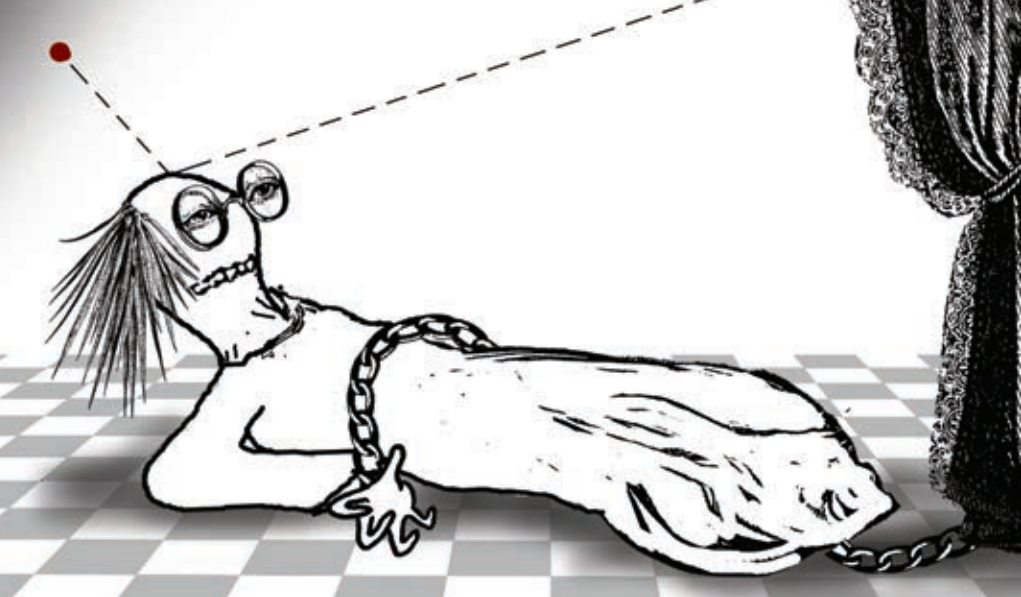


el fantasma. Lo único que les sorprendió fue que la mancha aparecía continuamente en el piso cerca de la chimenea, pero cada día de diferente color, a veces rojo, otras veces morado, y en una ocasión apareció de color verde esmeralda. Estos cambios de color divirtieron mucho a la familia, excepto a la joven y dulce Virginia.

El fantasma hizo su segunda aparición un domingo por la noche.

Estaban todos dormidos cuando un terrible ruido se escuchó en el vestíbulo. Rápidamente bajó el señor Otis y observó que una gran armadura estaba tirada en el suelo; al lado se encontraba el fantasma de Canterville sobándose la rodilla. Los gemelos lo habían derribado disparándole con cerbatanas.

El señor Otis quiso continuar la broma y gritó: —¡Manos arriba!



El fantasma, indignado, se levantó, corrió a la parte alta de la escalera y lanzó su célebre y escalofriante carcajada que tan buenos resultados le había dado siempre. Una puerta se abrió enseguida. Era la señora Otis que, en bata, se asomó para decir:

—Creo que usted está enfermo, aquí tiene el jarabe quitadolores. Seguramente tiene una indigestión estomacal, esto lo curará muy bien.

El fantasma la miró enfurecido, pero al oír los pasos de los gemelos desapareció rápidamente.

Durante varios días estuvo enfermo de coraje; tanto, que no salió de su escondite, excepto para continuar poniendo la mancha sobre el piso. Después de cuidarse por varios días para reponerse, el fantasma decidió asustar a la familia por tercera vez.

Aquella noche caía una gran tormenta; el viento era tan fuerte que sacudía las puertas y ventanas del castillo. A las diez y media el fantasma oyó que todos subían a acostarse. Durante un rato escuchó las risas de los gemelos que jugaban antes de meterse en la

cama; a las once y cuarto todo quedó en silencio. La familia dormía tranquilamente sin sospechar lo que pasaría.

Cuando el reloj marcó exactamente las doce de la noche el fantasma se deslizó por el castillo. La tremenda tormenta continuaba, los relámpagos iluminaban los pasillos y el viento que entraba por las ventanas agitaba su larga cabellera. Con una escalofriante carcajada dio vuelta en el corredor dirigiéndose al cuarto de los señores Otis pero repentinamente retrocedió, gritando aterradoramente, escondiendo la cara entre sus largas y huesudas manos. Frente a él había un horrible fantasma, de cabeza redonda y amarilla, con una extraña sonrisa y sobre el pecho tenía colgado un recado indescifrable.



Como él nunca había visto un fantasma, sintió verdadero pánico; regresó corriendo a su escondite y se metió en la cama tapándose la cabeza con las sábanas.

Al amanecer, pensó que, después de todo, era conveniente hablar con el otro fantasma, pues si eran dos y se asociaban, podían asustar mejor a los pequeños gemelos.

Salió sigilosamente de su escondite y se dirigió al lugar donde había encontrado al otro fantasma. Se llevó una

tremenda sorpresa cuando vio que el fantasma era sólo una escoba cubierta por una sábana blanca con una calabaza hueca como cabeza. Entonces, leyó claramente el recado que la noche anterior le había parecido indescifrable:



EL FANTASMA OTIS

EL ÚNICO, AUTÉNTICO
Y VERDADERO. ¡DESCONFÍE
DE LAS IMITACIONES!
TODOS LOS DEMÁS SON
FALSIFICADOS.

Al terminar de leer se dio cuenta de todo: ¡nuevamente se habían burlado de él! Apretando las mandíbulas y levantando sus huesudos brazos, lleno de rabia, juró, según un antiguo conjuro, que cuando cantara el gallo dos veces ocurrirían terribles desgracias. No había terminado de decir el atroz juramento cuando cantó un gallo; el fantasma soltó una carcajada y esperó el segundo canto... esperó y esperó, pasó una hora y después otra, pero por alguna extraña razón el gallo no volvió a cantar. Cansado de esperar, regresó a su escondite.

Al día siguiente, el fantasma se sentía débil, agotado y muy nervioso por

las emociones de las últimas semanas. Decidió no salir de su escondite ni poner la mancha en el suelo, pues sabía que de todos modos la quitarían. Sin embargo, consideraba un deber salir a los pasillos a medianoche por lo menos una vez a la semana, así que los siguientes tres sábados lo hizo, eso sí, con muchas precauciones para no ser visto ni oído. Daba pasos ligeros y utilizaba el aceite quitarrechinidos para engrasar sus cadenas; al principio se sentía humillado, pero reconocía que, después de todo, el lubricante era bueno, muy bueno.

Una noche, los gemelos atravesaron cuerdas en los corredores, que hicieron tropezar al fantasma en la oscuridad. La jugarreta lo enfureció de tal modo que resolvió visitar a “esos malcriados” con su disfraz más aterrador. Necesitó tres

largas horas para lograr el aspecto que buscaba. Cuando estuvo listo atravesó la pared, se dirigió al corredor, llegó al cuarto de los gemelos y abrió violentamente la puerta. Una jarra de agua le cayó encima y lo dejó empapado hasta los huesos.

Oyó las risas de los traviesos niños, y para no sentirse aún más humillado, salió a toda velocidad rumbo a su escondite. Al día siguiente tuvo que quedarse en cama con un fuerte catarro.



A partir de aquella noche, decidió no intentar nunca más asustar a la familia Otis y se limitó a recorrer el castillo con unas pantuflas y una gruesa bufanda en el cuello por miedo a las corrientes de aire; en la mano siempre llevaba una resortera por si lo atacaban los gemelos.



Otra noche, cuando el castillo estaba en silencio, se dirigió confiadamente hacia el salón donde estaba la chimenea. Sentía una enorme curiosidad por ver qué había sucedido con la mancha. De pronto se le acercaron dos figuras agitando locamente los brazos y gritando como poseídos por algún demonio.

Lleno de pánico, corrió hacia la escalera. Ahí el joven Washington lo esperaba con una regadera. Sintióse acorralado, el fantasma regresó al salón y huyó por el tiro de la chimenea hasta su escondite, donde llegó desesperado

y sucio de hollín. Desde entonces, prometió nunca más hacer visitas nocturnas por el castillo.

Los gemelos se quedaron esperándolo muchas noches para hacerle diferentes travesuras, pero todo fue inútil. El fantasma estaba tan triste y humillado que no volvió a aparecer.

Pasó el tiempo y todos pensaron que el fantasma



había desaparecido. Pero se equivocaban, pues seguía escondido en el castillo y, aunque frustrado y encerrado, en aquel momento no pensaba en retirarse.

Por aquellos días el duque de Chesire, novio de la dulce Virginia, estuvo como invitado en el castillo. El fantasma deseó ardientemente demostrar que no había perdido influencia y decidió aparecer ante el duque disfrazado de vampiro. Pero, en el último momento, el miedo que le tenía a los gemelos lo mantuvo encerrado en su cuarto y el duque pudo dormir tranquilo soñando con Virginia.

Días después, Virginia y su enamorado dieron un paseo a caballo. Cuando pasaron cerca de unos rosales, el vestido de la joven se desgarró. Volvieron al castillo y

Virginia entró corriendo para que no la vieran. Pasó por un salón y le pareció ver a alguien dentro; creyendo que era su madre entró para pedirle que le ayudara a coser su vestido. ¡Con gran sorpresa se encontró con el fantasma de Canterville! Estaba sentado frente a una ventana, con la cabeza apoyada sobre una mano, en una actitud de nostalgia y tristeza.

Su aspecto era tan melancólico que Virginia sintió compasión por él y decidió consolarlo:



—Me da usted mucha pena. Mis hermanos salen mañana de viaje, y si se porta bien, nadie lo molestará.

—¡Es absurdo pedirme que me porte bien!
—respondió el fantasma—. Arrastrar mis cadenas y asustar durante las noches ¡no es portarse mal! Es mi única razón de ser.

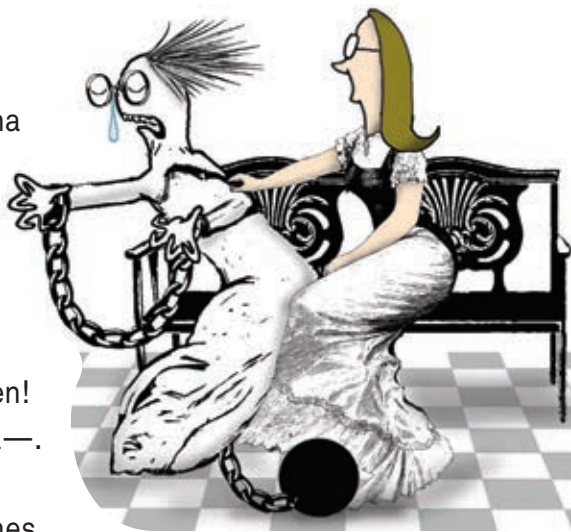
—Eso no es una razón de ser; además, se sabe que en sus tiempos, usted fue muy malo.

—Sí, no lo niego
—contestó con arrogancia el fantasma—. Pero eso es un asunto que a nadie le importa.

Ante tal respuesta, Virginia decidió dejarlo solo.

El fantasma le pidió disculpas y le suplicó que se quedara con él un poco más. Sin embargo, Virginia escuchó que la llamaban.

—Buenas noches —se despidió la joven—, le pediré a mi papá que mande a los



gemelos una semana más de vacaciones.

—¡No se vaya, señorita Virginia, se lo suplico!
—exclamó el fantasma—. Estoy tan solo y soy tan desgraciado. Quisiera dormir y no puedo.

—¡Cómo que no puede! Dormir es muy sencillo. No tiene usted más que acostarse y apagar la luz.

—Hace 300 años que no duermo —sollozó el fantasma—, por eso estoy cansadísimo.

—¡Pobre fantasma!
—dijo Virginia—. ¿No hay ningún lugar donde pueda usted dormir?

—Sí, allá a lo lejos, existe un jardín donde canta el ruiseñor, la luna mira con benevolencia y la noche extiende sus grandes brazos para acoger a los durmientes.

Virginia lloraba mientras escuchaba al fantasma.

—¿Habla usted del jardín de la muerte? —murmuró.

—¡Sí, de la muerte! Ese jardín donde se descansa sobre la tierra, se escucha el silencio, en donde no hay ayer ni mañana. Usted puede ayudarme; sólo con su amor y perdón podré abrir las puertas de aquel lugar.

Virginia aceptó ayudarlo. El fantasma se arrepintió de todo el mal que había hecho y caminaron juntos hacia la puerta por donde se entraba al jardín de la muerte. Se despidió de ella y en agradecimiento le obsequió un bello cofre con joyas y monedas antiguas. El fantasma atravesó la puerta y pudo, al fin, descansar en paz.

Virginia regresó al castillo, donde todos la buscaban preocupados, y les contó lo sucedido.

Meses después, Virginia se casó con el duque de Chesire y, por varios años, la familia Otis vivió tranquilamente en el castillo. Frecuentemente en sus anécdotas recordaban lo que vivieron con el fantasma de Canterville.

Lee otras obras de este autor, en *Oscar Wilde, Cajón de cuentos*. Búscalo en tu Biblioteca Escolar.



Ylkuit y rop kieg lacc

✿ TEXTO: Josué Hernández / ILUSTRACIÓN: José Esteban Martínez

[Zapoteco del sur]

Ti guelt ti ngusert nsual me muert le or n
soalme muert reb, muert lome.

—Nelorsi sooya li pero.

—Le ndhey rheb

koortlena: le orca reb muert.

—Nel klubrena ysal ghun
wiis lo msin guseiy ga uits
mtetme cuen lo salme que
nla nñor muert le sa'me reb.

—Kooyt muert porque
or gunere nool kiis kiekie
nei or gruk kiis kibkle; le se
golebet tme li.

—Guenña —reb nguuseiy
no nseb kiis kiekme. Ibse
orgua wiis, msin muert no
gunabtisme. Por ngu se
noreb me nool kiis kiéka;
lemasi nki ek rib koya.



La muerte y el pelón

[Traducción al español]

Había una vez un señor que se encontró con la muerte, quien le dijo:

—Ahora sí te voy a llevar.

—No me lleves —le dijo el hombre.

—Pues vengo dentro de ocho días; entonces sí te voy a llevar.

Al regresar a su casa, el señor le contó a su esposa que se lo iba a llevar la muerte.

Pero su esposa dijo:

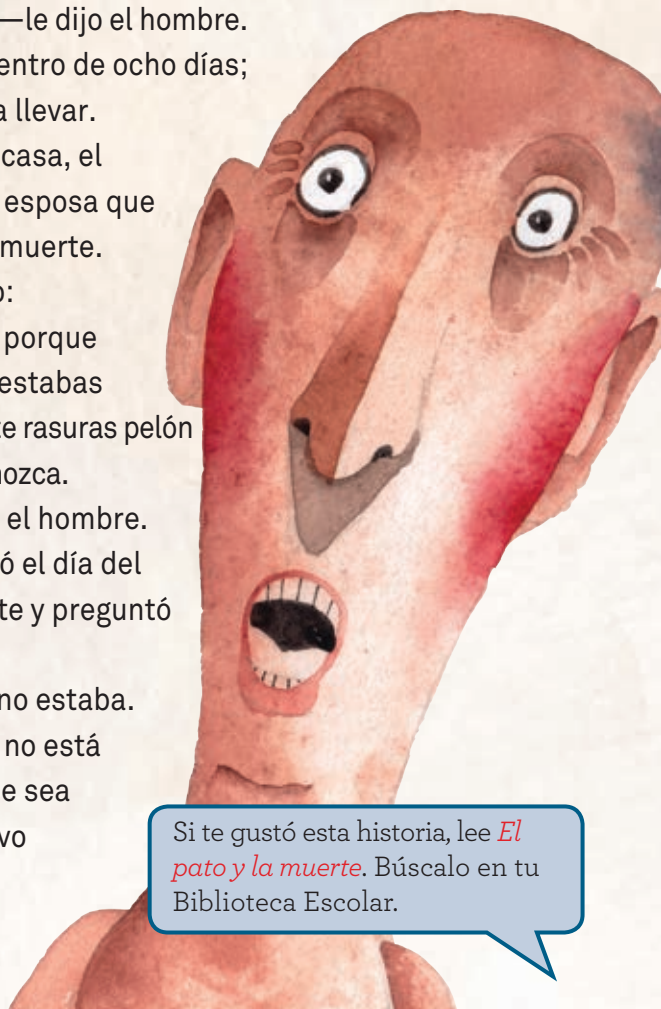
—No te llevará, porque cuando te conoció estabas mechudo; y ahora te rasuras pelón para que no te reconozca.

—Bueno —dijo el hombre.

Se rasuró. Llegó el día del plazo, vino la muerte y preguntó por el señor.

Le dijeron que no estaba.

—Entonces, si no está el mechudo, aunque sea a este pelón me llevo —dijo la muerte.



Si te gustó esta historia, lee *El pato y la muerte*. Búscalo en tu Biblioteca Escolar.

El engaño de la milpa

🌿 TEXTO: Cuento tradicional / ILUSTRACIÓN: José Esteban Martínez

En lo alto de la sierra, después del tiempo de siembra, el conejo encontró en su camino una plantita de maíz. Apenas medía el largo de su diente más grande, pero aun así era muy hermosa.

—¡Ahora sí tengo una milpa para mí solito! —dijo el conejo entusiasmado.

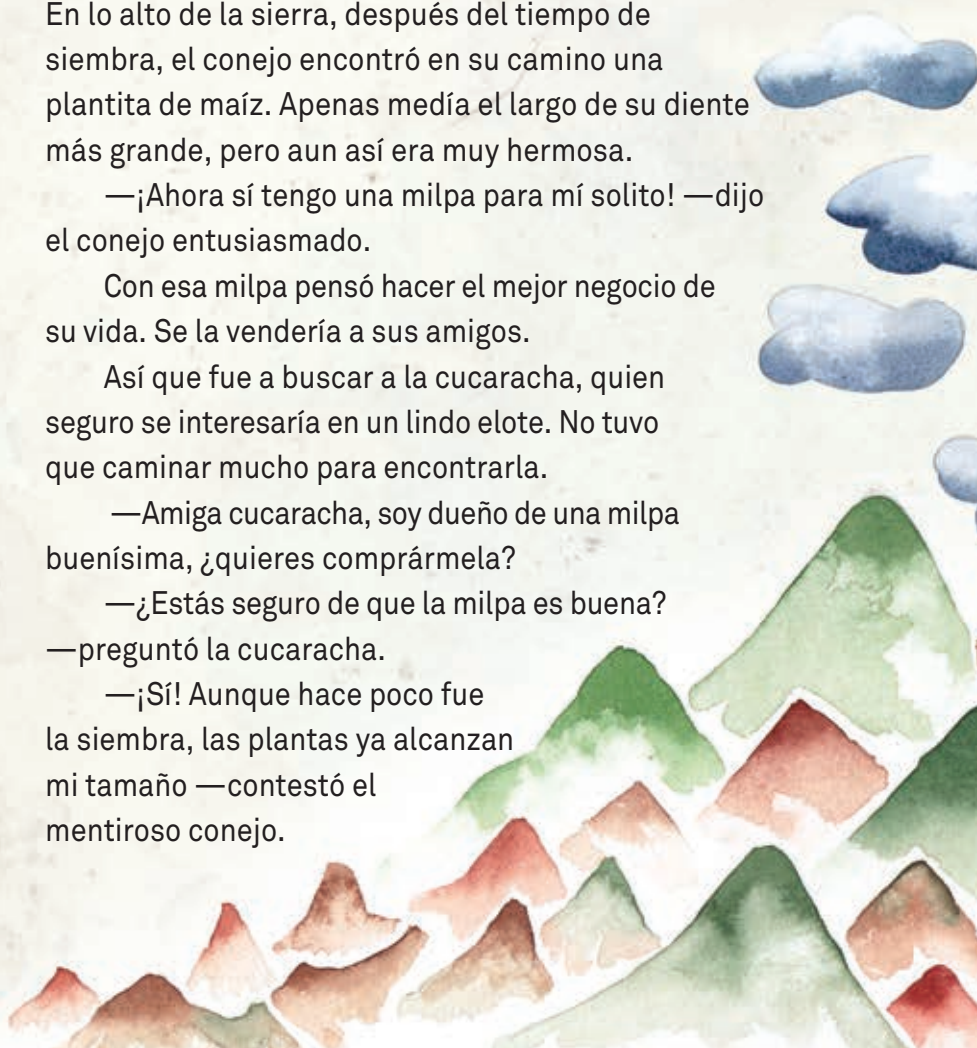
Con esa milpa pensó hacer el mejor negocio de su vida. Se la vendería a sus amigos.

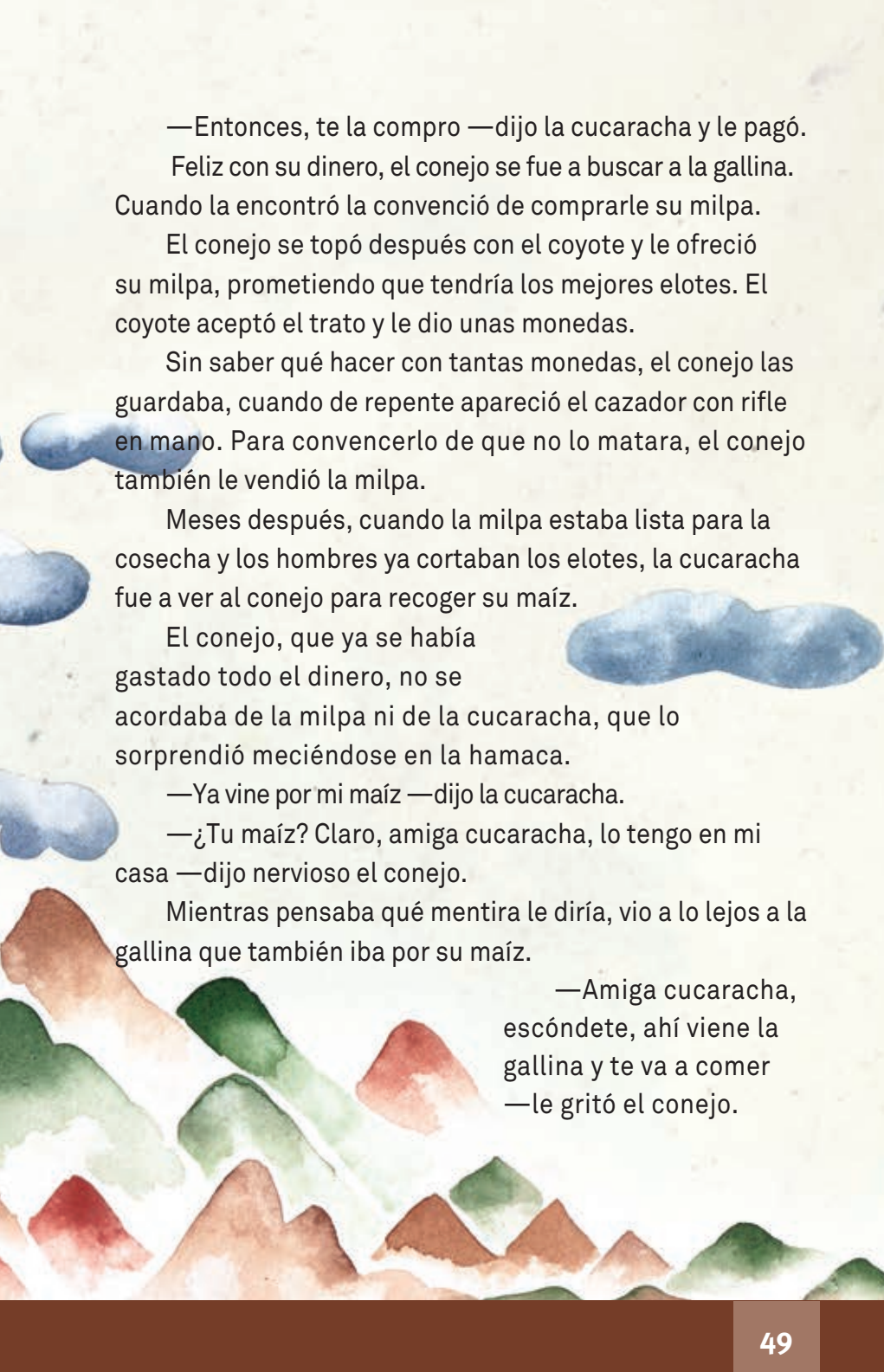
Así que fue a buscar a la cucaracha, quien seguro se interesaría en un lindo elote. No tuvo que caminar mucho para encontrarla.

—Amiga cucaracha, soy dueño de una milpa buenísima, ¿quieres comprármela?

—¿Estás seguro de que la milpa es buena? —preguntó la cucaracha.

—¡Sí! Aunque hace poco fue la siembra, las plantas ya alcanzan mi tamaño —contestó el mentiroso conejo.





—Entonces, te la compro —dijo la cucaracha y le pagó.
Feliz con su dinero, el conejo se fue a buscar a la gallina.

Cuando la encontró la convenció de comprarle su milpa.

El conejo se topó después con el coyote y le ofreció su milpa, prometiendo que tendría los mejores elotes. El coyote aceptó el trato y le dio unas monedas.

Sin saber qué hacer con tantas monedas, el conejo las guardaba, cuando de repente apareció el cazador con rifle en mano. Para convencerlo de que no lo matara, el conejo también le vendió la milpa.

Meses después, cuando la milpa estaba lista para la cosecha y los hombres ya cortaban los elotes, la cucaracha fue a ver al conejo para recoger su maíz.

El conejo, que ya se había gastado todo el dinero, no se acordaba de la milpa ni de la cucaracha, que lo sorprendió meciéndose en la hamaca.

—Ya vine por mi maíz —dijo la cucaracha.

—¿Tu maíz? Claro, amiga cucaracha, lo tengo en mi casa —dijo nervioso el conejo.

Mientras pensaba qué mentira le diría, vio a lo lejos a la gallina que también iba por su maíz.

—Amiga cucaracha, escóndete, ahí viene la gallina y te va a comer —le gritó el conejo.

La cucaracha se metió bajo una cacerola que el conejo sostenía. En eso estaban cuando la gallina cacareó:

—¿Dónde está mi maíz, conejo?

—Adentro de mi casa, amiga gallina. Pero, ¿no te gustaría más comerte una riquísima cucaracha?

—¡Sí! ¿Dónde hay una?

—preguntó impaciente la gallina.

El conejo señaló la cacerola y la gallina se abalanzó sobre ella. De un solo picotazo se tragó a la cucaracha, que no tuvo tiempo de correr.

Apenas se estaba saboreando la gallina a la cucaracha, cuando el conejo vio venir al coyote y le advirtió:

—Gallina, escóndete pronto bajo esa caja o serás la comida del coyote gris.

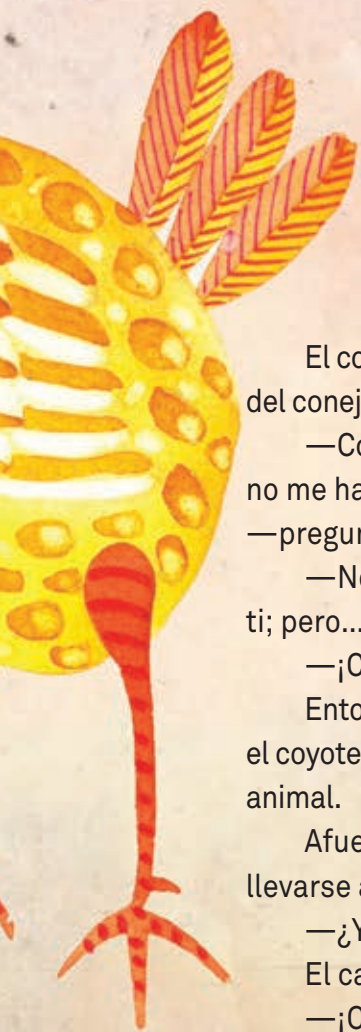
La gallina llegó hasta la caja y se metió bajo ella. En un momento, el coyote estaba junto al conejo.

—Vengo por el maíz que me vendiste —dijo el coyote—. Si no lo tienes, te como.

—Sí tengo tu maíz, pero... ¿no prefieres una gallina fresca? —preguntó el conejo señalando la caja.

De una mordida el coyote se tragó la caja con todo y gallina, sin dejar ni una pluma.





Mientras el coyote reposaba su almuerzo, el conejo distinguió a lo lejos la figura del cazador.

—Amigo coyote, deja tu descanso para después porque ahí viene el cazador y te va a matar.

El coyote se levantó de prisa y se metió a la casa del conejo. Poco después llegó el cazador.

—Conejo, ha pasado mucho tiempo y no me has dado el maíz. ¿Será que me engañaste? —preguntó el cazador.

—No, cazador. El maíz está bien guardado para ti; pero... ¿no te gustaría más cazar un coyote?

—¡Claro que sí! —respondió el cazador.

Entonces el conejo le enseñó dónde se escondía el coyote. El cazador entró y de dos tiros mató al animal.

Afuera de su casa, el conejo miró al cazador llevarse al coyote muerto sobre el hombro.

—¿Ya no quieres tu maíz, cazador?

El cazador le contestó:

—¡Con cuero de coyote, quién necesita tener un elote!

El conejo se quedó meciéndose tranquilo en su hamaca, a un lado de su planta de maíz, sin preocuparse de que alguien más se la quisiera quitar.

Conoce otras historias tradicionales en *Tres enamorados miedosos*, la antología de María Ángela Rodríguez. Búscala en tu Biblioteca Escolar.

Una vaca y un edificio

✿ TEXTO: Tradición oral

ILUSTRACIÓN: Josel

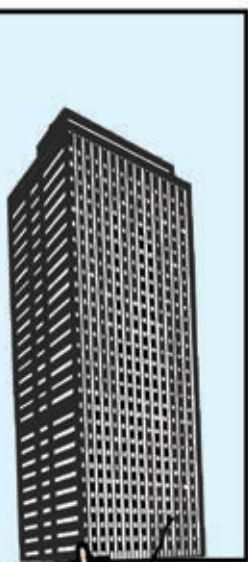
¿En qué se parece una vaca a un edificio?

No... no sé.

En que la vaca es un animal muy bruto,
Bruto es el que mató a César,
César sin acento es cesar,
cesar es no hacer nada,
nada el que tiene la sangre pesada,
pesada se divide en dos: pez y hada,
pez es un animal acuático
y hada es una mujer muy buena
que nos trae juguetes todos los años,
como los trenecitos,
los trenecitos caminan por las vías,
las vías son de acero,
el acero se saca de las minas,
en las minas hay oro,
el oro sirve para hacer los anillos,



los anillos sirven para ponerse en los dedos,
los dedos sirven para sacar piojos,
piojo se divide en dos: pío y ojo,
pío es el canto de los pájaros
y ojo es un órgano visor
que nos indica que una vaca y un edificio
no se parecen en nada.



Lee *Así cuentan y juegan en los Altos de Jalisco*, región donde la palabra se desgrana y desparrama por los surcos y anda por el pueblo llevando dichos y refranes. Búscalo en tu Biblioteca Escolar.





Sensemaya

✿ TEXTO: Nicolás Guillén / ILUSTRACIÓN: José Esteban Martínez

¡Mayombe-bombe-mayombé!
¡Mayombe-bombe-mayombé!
¡Mayombe-bombe-mayombé!

La culebra tiene los ojos de vidrio;
la culebra viene, y se enreda en un palo;
con sus ojos de vidrio en un palo,
con sus ojos de vidrio.

La culebra camina sin patas;
la culebra se esconde en la yerba;
caminando se esconde en la yerba,
caminando sin patas.

¡Mayombe-bombe-mayombé!
¡Mayombe-bombe-mayombé!
¡Mayombe-bombe-mayombé!

Tú le das con el hacha, y se muere:
¡dale ya!
¡No le des con el pie, que te muerde,
no le des con el pie, que se va!

Sensemayá, la culebra,
sensemayá.
Sensemayá, con sus ojos,
sensemayá.
Sensemayá, con su lengua,
sensemayá.
Sensemayá, con su boca,
sensemayá.



La culebra muerta no puede comer;
la culebra muerta no puede silbar,
no puede caminar,
no puede correr.
La culebra muerta no puede mirar;
la culebra muerta no puede beber,
no puede respirar,
no puede morder.

¡Mayombe-bombe-mayombé!
Sensemayá, la culebra...
¡Mayombe-bombe-mayombé!
Sensemayá, no se mueve.
¡Mayombe-bombe-mayombé!
Sensemayá, la culebra...
¡Mayombe-bombe-mayombé!
¡Sensemayá, se murió!

Si te gustó este poema, lee *Tigres de la otra noche*. Encuéntralo en tu Biblioteca Escolar.

El jicote aguamielero

✿ TEXTO: Francisco Gabilondo Soler

ILUSTRACIÓN: Gloria Calderas Lim

La reina de las abejas
estaba en el panal,
y le dijeron: “Reina majestad,
alguien le quiere hablar”.

Cortado, entró el jicote,
humilde de condición,
pero ilusionado en pedir,
pedirle su corazón.



“Parece, parece que no sabe,
no sabe con quién trata,
igualado bigotón.
¡Soy la reina, la reina por bonita,
y un jicote aguamielero
no cuadra con mi amor!”.

Silencio quedó el jicote
con tanta humillación,
a la orgullosa reina del panal
así le contestó:

“Leí que éramos iguales,
asegún la Constitución.
La sociedad sin clases la creí,
¡pero ya veo que no!”.

Y el jicote aguamielero,
con bigotes de aguacero,
rezumbando regresó a su maguey,
sin rubores en la frente
porque ultimadamente
a la sombra de las pencas es el rey.





La reina de las abejas
estaba libando miel,
y una de sus obreras le gritó:
“¡Ahí está de nuevo aquél!”.

Mandando cerrar la puerta,
la reina se le negó,
porque su afán es que se ha de casar
con un emperador.

“Parece, parece que no sabe,
no sabe con quién trata
ese prieto bigotón.
¡Soy la reina, la reina por bonita,
y un jicote aguamielero
no cuadra con mi amor!”.

Fruncido quedó el jicote,
arqueándose de dolor;
en su pesar, cantando, el infeliz
así se despidió:

“Adiós, reinecita hermosa, ¡ay!,
que me trató tan mal;
pero según las leyes del país
aquí todos son igual”.

Y el jicote aguamielero,
con bigotes de aguacero,
rezumbando regresó a su maguey,
sin rubores en la frente
porque ultimadamente
a la sombra de las pencas es el rey.



Lee y canta otras canciones
de Francisco Gabilondo Soler
en *Cri Cri. Cuentos para cantar
y canciones para leer*, de tu
Biblioteca Escolar.

Galeano

A watercolor illustration of a steam train engine on the right, emitting a bright yellow beam of light that illuminates a green plant growing on a grey track. The background is a textured, light brownish-yellow wash with blue watercolor clouds at the top.

✿ TEXTO: Marta Romo

ILUSTRACIÓN: José Esteban Martínez

Galeano es un niño perdido. Sí, se perdió.

Él se ha imaginado que lo perdió su familia, porque no tenían para sostenerlo.

De cualquier manera, él se las ingenió para subsistir.

A sus nueve años, Galo —que de verdad se llama Galeano—, a pesar de que ya no se acuerda cómo se apellida, es un gran viajero. Dándose maña, sube en los trenes que encuentra en el camino, sin importarle si viaja en el vagón del ganado, el *cabús* o la caja de carga. Así nunca paga los dos pesos que le costaría el pasaje. Come lo que puede robar, y cuida siempre que no lo descubran, pues ya le han dado buenas palizas.

Tiene años sin bañarse completo. Donde encuentra agua, primero bebe hasta saciarse, después con cuidado de no mojarse mucho se lava uno que otro raspón, y los moretones ni se los toca.

Cuando se asea, se quita con saliva las lagañas que no le dejan abrir bien los ojos, para ver con claridad lo que sucede a su alrededor.



Galo vive en los trenes, yendo de un lugar a otro. Si se cansa o se aburre, busca nuevas rutas, al fin y al cabo hay kilómetros y kilómetros de vías que relumbran con el sol de mediodía.

Un día al amanecer, el niño roncaba a más no poder, acomodado entre dos vacas lecheras que viajaban para ser vendidas en Sonora. De pronto, a pesar del sueño, siente que el tren se ha detenido; abre los ojos y no ve más que arena fina que parece polvo; un cielo inmenso pegado a la luna y uno que otro cactus cerca de unas rocas rojas que parecen moverse.

Todo está en penumbra, el niño bosteza y se prepara para acurrucarse de nuevo esperando que el tren lo arrulle otra vez, cuando ve que se acerca una hilera de gigantes con trenzas que montan a pelo lanzando gritos de guerra.

Galo se restriega los ojos muy fuerte antes de mirar de nuevo.

—¡Los yaquis!, ¡los yaquis atacan!
—grita el maquinista—. ¡No maten a nadie, les daremos lo que pidan!
—insiste el hombre suplicante.

Los yaquis quieren el ganado, los caballos, las vacas, todos los animales.

—Llévenselos —dice rápido el maquinista haciendo señas para que nadie se oponga.

Los yaquis son enormes, además de extraordinarios jinetes. Sus miradas profundas impresionan. Se ven decididos a enfrentarlo todo, inclusive la muerte. Dos de ellos suben ágiles al vagón para terminar de bajar el ganado.

Galeano se esconde en un rincón temblando por el miedo, pero ha sido demasiado tarde. Uno de los hombres lo ha visto. Con su largo brazo lo saca del rincón a pesar de las patadas y los insultos que el niño intenta darle, en lo que, por cierto, Galeano es todo un experto.



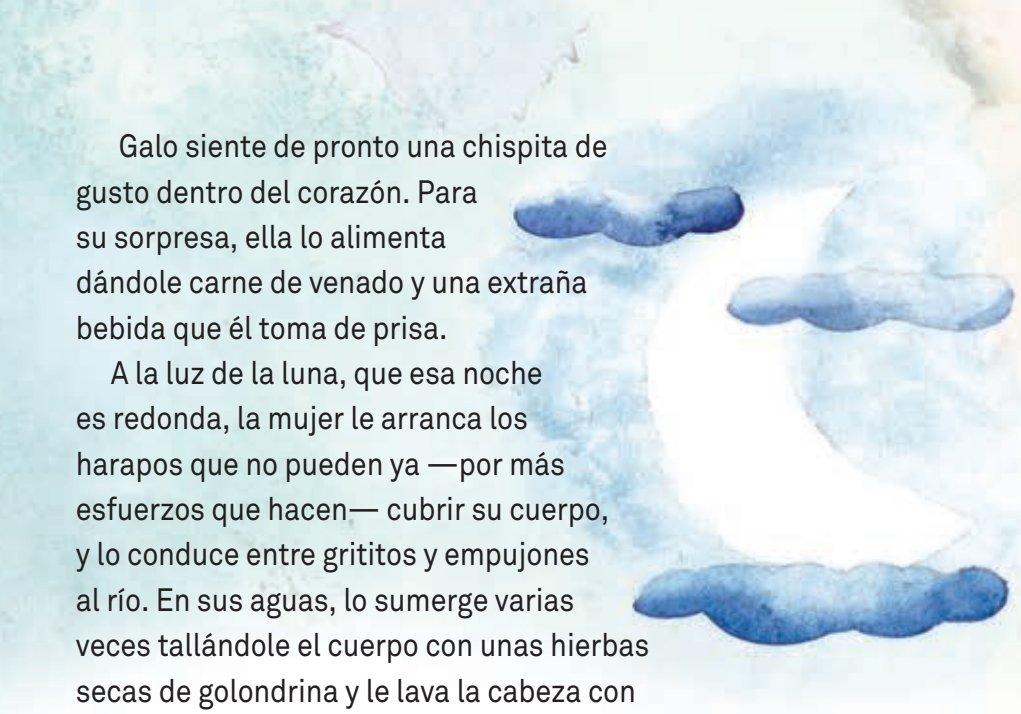
El gigante se lo lleva, atado al caballo. Lo más rápido que pueden, los asaltantes se alejan de ahí arreando el ganado.

Galo escucha cómo se aleja el tren; en él van los pasajeros que no lo defendieron; después de todo, no era más que una trampa.

El grupo cabalga largas horas, bajo un sol que quema el corazón. Cruza el río Yaqui para llegar a la aldea en donde, por fin, lo desatan. Él está triste y tan asustado que ni siquiera ha podido pensar en cómo escapar.

Galeano se hace bolita deseando con toda su alma desaparecer para que nadie lo vea. Tiembla pensando en qué irá a ser de él. Entonces se le acerca una mujer ya grande que lo acaricia con su mirada tierna, al tiempo que le dice unas palabras que él no entiende.






Galo siente de pronto una chispa de gusto dentro del corazón. Para su sorpresa, ella lo alimenta dándole carne de venado y una extraña bebida que él toma de prisa.

A la luz de la luna, que esa noche es redonda, la mujer le arranca los harapos que no pueden ya —por más esfuerzos que hacen— cubrir su cuerpo, y lo conduce entre grititos y empujones al río. En sus aguas, lo sumerge varias veces tallándole el cuerpo con unas hierbas secas de golondrina y le lava la cabeza con estafisagria, o sea, zacate piojero.

Galo piensa que es demasiada mala suerte lo que le sucede. Puede resistirlo todo: que lo pierdan, que le den una paliza, hasta que los yaquis lo atrapen; pero un baño, ¡eso sí que no!

Siente de pronto cómo la fuerza regresa a su cuerpo y la utiliza para salir corriendo desnudo con la velocidad de un rayo. La mujer grita, él corre más fuerte y choca en seco con algo muy duro.



Es el yaqui, que lo carga con una mano para sumergirlo de nuevo en el río y lo devuelve a las manos de la mujer que cuidadosamente le lava hasta las orejas. Galeano no reconoce su propio olor; lo han vestido de gamuza como acostumbran ellos. Le han adornado la cabeza con una pluma blanca sostenida por una tira de cuero que le rodea su melena limpia.

Esa noche, la mujer lo duerme junto a ella, arrullándolo con sus risas y una tonadilla incomprensible y suave. Galo se siente tranquilo, no tiene hambre ni frío, aunque no le gustó que lo bañaran.

Está a punto de quedarse dormido, cuando descubre en el cielo una estrella fugaz; entonces recuerda lo bien que se sentía cuando su mamá lo cargaba en su rebozo tibiecito.

Los años pasaron, y volví a encontrarme con Galeano en el desierto de Sonora. Era un jinete ligero y animoso que hablaba la lengua de los yaquis. Lo llamaban Alma Fuerte.

Le tomé una foto, luego se la di y la puso dentro de su traje de gamuza. Por cierto, los yaquis todavía la guardan.

Si te gustó esta historia, lee *Noticias de fin de siglo*, en la que un joven vocero anuncia las noticias de la prensa del México porfirista. Búscala en las Bibliotecas Escolar y de Aula.



El chicle

✿ TEXTO: Niños e instructores de Chan Chen Chuck, Quintana Roo

ILUSTRACIÓN: Josel

Ahora les presentamos un libro dedicado a eso que cuando uno lo mastica e infla hace ¡PLOP!

¿Ya saben qué es?

¡Claro, es el chicle!

¿Pero saben cómo se obtiene?

¿Será tan sencillo como mascararlo?

Por qué mejor no seguimos paso a paso el proceso de este trabajo que resulta bastante laborioso y viene de muchos años atrás.

Vayamos entonces a la pequeña comunidad de Chan Chen Chuck, cerca de Chan Santa Cruz, en el estado de Quintana Roo, y conozcamos cómo trabajan el chicle los mayas de hoy, usando las técnicas de sus antepasados.





Gilberto

Para que una persona pueda ir a chiclear va a utilizar: mecate, machete, lima y las bolsas donde pondrán la resina, los chivos, así las llamamos, pues se usaban las panzas de esos animales.

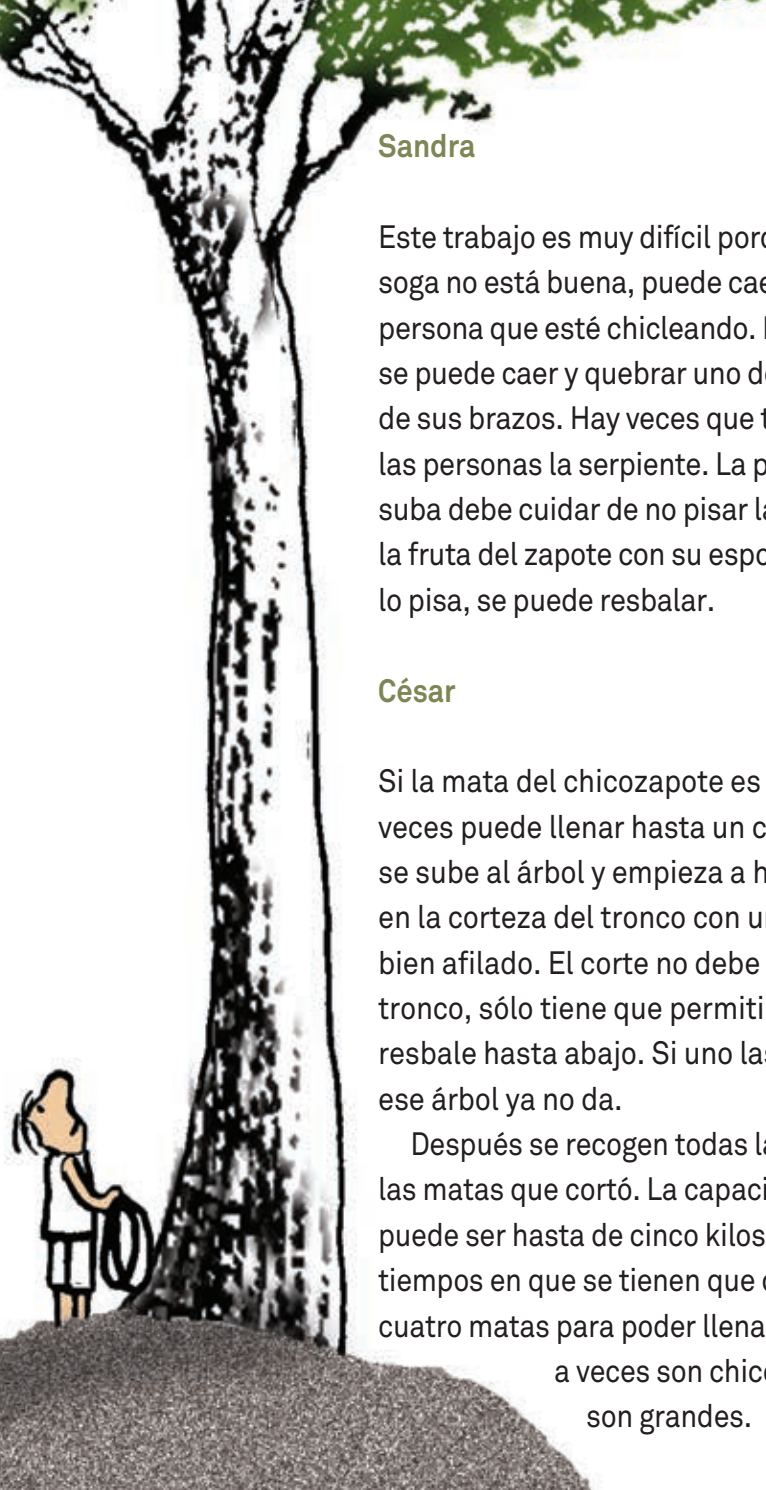
Si se cuenta con los materiales necesarios, ya se puede ir al monte a buscar la mata del chicozapote. Las plantas buenas para ser cortadas son aquellas que ya han tenido varios años de haberse cortado, cuatro por lo menos. Los árboles no deben medir más de diez metros pues es más difícil el corte.

Los días buenos para cortar la corteza de las plantas es cuando llueve bastante, así habrá abundancia de resina al ser chicleada. Los meses para trabajar el chicozapote son del séptimo hasta finalizar el año. De lo contrario, la resina estará escasa y muy seca.

Cuando se encuentra una mata de chicozapote, primeramente se limpiará alrededor del árbol. Se hace una brecha para que se pueda tirar o colgar la lazadera y se suban las personas y luego no se atoren los pies con los bejucos y se derrame la resina.

Los cortes se hacen de tal forma que la resina va escurriendo desde arriba hasta la bolsa que ponemos abajo.





Sandra

Este trabajo es muy difícil porque si la sogá no está buena, puede caerse la persona que esté chicleando. Hay veces que se puede caer y quebrar uno de sus pies o de sus brazos. Hay veces que también pica a las personas la serpiente. La persona que se suba debe cuidar de no pisar la cáscara de la fruta del zapote con su espolón porque si lo pisa, se puede resbalar.

César

Si la mata del chicozapote es buena, a veces puede llenar hasta un chivo. Uno se sube al árbol y empieza a hacer cortes en la corteza del tronco con un machete bien afilado. El corte no debe lastimar al tronco, sólo tiene que permitir que la resina resbale hasta abajo. Si uno lastima al árbol, ese árbol ya no da.

Después se recogen todas las resinas de las matas que cortó. La capacidad del chivo puede ser hasta de cinco kilos, pero hay tiempos en que se tienen que cortar hasta cuatro matas para poder llenarlo. Los chivos a veces son chicos, a veces son grandes.

Hay personas que lo trabajan muy rápido, cortan hasta seis matas de chicozapote para el mediodía. En tiempos de frío, la resina es muy lenta al bajar, porque se seca y esto ocasiona que dejen de cortarla.

Al terminar, se coloca en un lugar seguro donde no se caiga. Si la recogedora está llena, se deberá vaciar en un chivo. También se debe cuidar que no le caigan residuos de madera o insectos, ya que al sancocharlo se quedan en el chicle.

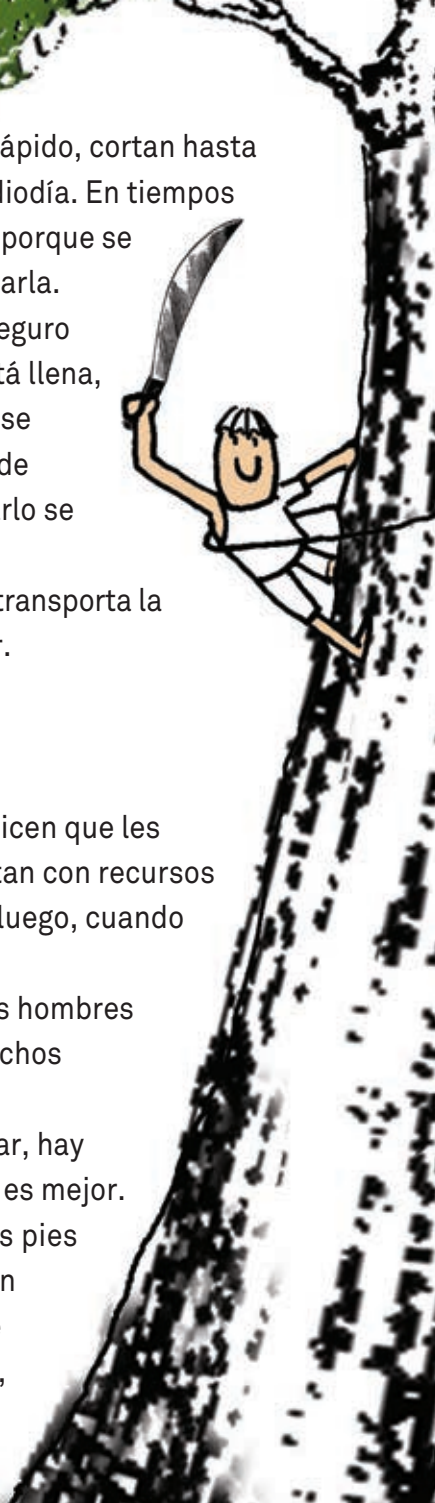
El chivo es el recipiente en el que se transporta la resina al lugar donde se va a sancochar.

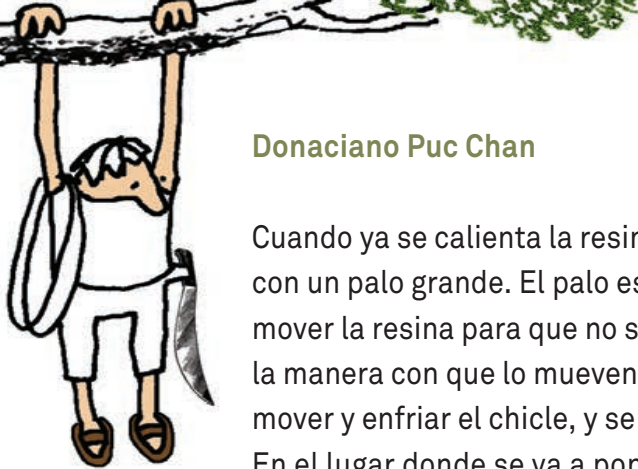
Rosalba

Los hombres que hacen este trabajo dicen que les cuesta trabajo, y sólo porque no cuentan con recursos económicos se ponen a chiclear pues luego, cuando les pagan, no les dan mucho.

El corte del chicozapote no sólo los hombres mayores lo hacen; hay también muchachos jóvenes que chiclean.

Para subir los muchachos a chiclear, hay algunos que no usan zapatos, otros sí, es mejor. Chiclear es un trabajo muy cansado, los pies se cansan mucho porque se agarran con fuerza para mantenerse arriba. Hay que amarrarse bien para no resbalar y caer, y también se les ampollan los pies.





Donaciano Puc Chan

Cuando ya se calienta la resina hay que moverla con un palo grande. El palo es necesario para mover la resina para que no se queme. Sólo que la manera con que lo mueven debe ser dura para mover y enfriar el chicle, y se llama *ts'iits'ya*.

En el lugar donde se va a poner la paila debe haber mucha leña seca, para mantenerla prendida. Debe ser un lugar donde no caigan hojas de árboles, donde no se acerquen niños o animales, también donde no esté muy caliente el sol, pues es un trabajo duro y delicado y toma tiempo.

Para cocer el chicle se necesitan por lo menos dos hombres, pues cuando se va cociendo se va haciendo una masa muy pegajosa, mucho muy pegajosa. Y no pueden entrarle basuritas. Para ver si está cocido sacas un poco, agarras una jícara con agua y lo metes dentro, luego lo sacas y haces que gotee y si tiene un color blancuzco quiere decir que no se ha cocido, porque la leche que gotea es un poco de resina. Si no salió el color blancuzco, quiere decir que ya se coció. Cuando está listo lo sacan metiendo una madera por las dos orejas de la paila. Para hacer esto se necesitan dos señores que alcen el cazo y luego lo asienten.



Rodolfo Urich

Cuando juntaron mucha resina, si tienen caballo, se la suben encima. Sólo que la cuidan para que no se caiga. En otros pueblos, si está lejos donde van a chiclear, hacen un campamento donde viven hasta que terminen de trabajar.

Hay otros lugares donde, si no están muy lejos, con bicicleta llevan la resina a sus casas. Hay chicleros que diariamente lo llevan al lugar donde se va a sancochar, lo echan en la bolsa grande, en el chivo. Las personas que no dejan que se junte, cuando lo sancochan, dicen que la resina nueva está sabrosa porque no está aceda.

Zenaida

El objeto donde lo miden tiene diferentes tamaños o medidas, hay chicos así como grandes, de medio y de un kilo. Además, en el lugar donde lo van a comprar lo tienen que medir.

Si ya terminaron de realizar la actividad, tendrán que lavar los utensilios que sirvieron. Y hay personas que si saben que van a hacer chicle el año que viene, levantan los utensilios que sirvieron; si no, los tiran. Los árboles no se pueden chiclear más que cada cuatro o cinco años, cuando la corteza ya se curó.

El chicle se puede ir a vender sólo a ciertos lugares, en donde acostumbran comprarlo: la cooperativa o personas que lo compran para venderlo otra vez.

Y luego se va muy lejos, para que también lo mastiquen los hijos de los que compran el chicle.



Henry David Izidz Citak

Donde está la tierra plana, las personas ponen la paila y para enfriarlo ponen un palo grande y revuelven el chicle, lo levantan hacia arriba para que lo sople el aire, lo echan en el fondo de la paila y así lo baten para enfriarlo.



Por un momento el chicle se puede pasar al marco de madera para hacer la marqueta y hay que hacerlo al tiempo justo. El chicle caliente es muy pegajoso y ya frío no se puede hacer la marqueta. Se tiene que cuidar que esté en un lugar plano porque si no va a salir chueca o desapareja. Poco a poco se va sacando el chicle. Así como lo vas sacando lo vas poniendo en el marco y queda hecha una marqueta de medio o de un kilo. Uno tiene que chicorearlo (aplanarlo) para que queden parejos los cuatro lados de la marqueta.

Para chicorear, tienes que remojar las manos en jabón para que puedas agarrar el chicle de la paila.

Poco a poco lo despegas, como lo vas despegando lo vas pasando en el molde hasta completar la medida.



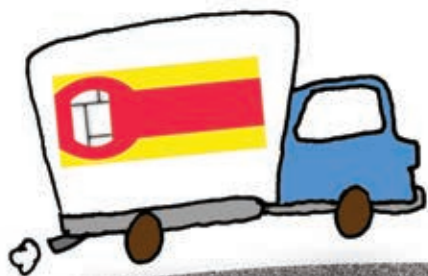
Nada más que es necesario que se cuide uno de no bañarse y no tomar agua de repente, porque puede pasmar y tarda en sanarse.

Teófilo Chan

El chicle lo llevan a vender donde lo compran y luego lo llevan a otro país para que hagan muchos dulces y también le ponen colorante y otros ingredientes de olor.

Las personas que no han trabajado el chicle dicen que es muy fácil hacerlo, sin embargo, no saben cuánto trabajo cuesta hacerlo.

Ahora que conociste cómo se obtiene el chicle, lee *Cosas curiosas de aquí y de allá*, selección de dos volúmenes de la revista *Chispa*. Búscala en tu Biblioteca Escolar.



Tajín y los Siete Truenos

✿ TEXTO: Felipe Garrido / ILUSTRACIÓN: José Esteban Martínez

Una mañana de verano, hace mucho tiempo, llegó a las selvas del Totonacapan un muchacho llamado Tajín. Iba por el camino buscando bulla porque era un chamaco maldoso. No podía estar en paz con nadie. Si encontraba un hormiguero, le saltaba encima; si veía una banda de monos, los apedreaba; zarandeaba los árboles y les arrancaba ramas sin ninguna consideración.

Todos salían corriendo en cuanto lo veían venir.

—Ahí viene Tajín —decían las hormigas rojas y las hormigas negras en sus hileras apretadas, y se apresuraban a entrar a sus túneles con la acostumbrada disciplina.



—Ahí viene Tajín —decían los monos entre aullidos y gestos, y se daban prisa para encaramarse a las ramas más altas, a las rocas más escarpadas, donde no pudieran alcanzarlos las piedras del intruso.

—Ahí viene Tajín —decían los árboles temblando de miedo, pues ellos no podían huir.

Por eso el muchacho vivía solo. Porque nadie podía soportar su compañía.

Pero ese día Tajín andaba con suerte. Al dar la vuelta en un recodo del camino se encontró con un extraño hombrecito de barba cana, grandes bigotes y cejas tan pobladas que casi le cubrían los ojos.

—Buenos días, muchacho. Tú no eres de por aquí —le dijo el anciano con voz pausada.

—Vengo de atrás de la montaña —contestó Tajín—; me gustaría pasar un tiempo por aquí.

—Mis hermanos y yo andamos buscando alguien que nos ayude a sembrar y a cosechar, a barrer la casa y a traer agua del pozo, a poner los frijoles en la olla y a vigilar que el fuego no se apague. Ven con nosotros —le ofreció el hombrecito.

—¿Quiénes son tus hermanos?

—Somos los Siete Truenos. Nuestra tarea es subir a las nubes y provocar la lluvia. Nos ponemos...

—¿Suben a las nubes? —exclamó Tajín, que era bastante impertinente y solía interrumpir a las personas.

—¡Claro que subimos! —replicó el hombrecito un tanto molesto de que alguien pusiera en duda sus palabras—.

Nos ponemos nuestras capas, nos calzamos nuestras botas, tomamos nuestras espadas y marchamos por los aires hasta las nubes más altas. Sobre ellas zapateamos bien y bonito hasta que



desgranamos la lluvia. “¡Jajay, jajay, jajay!”, gritamos entonces y sentimos que la felicidad nos desborda.

Tajín era un chamaco curioso y atrevido. Apenas escuchó aquello se imaginó por los aires, haciendo cabriolas entre las nubes. Así que le dijo al anciano que estaba bien, que iría a la casa de los Siete Truenos para sembrar y cosechar, para barrer la casa y traer agua del pozo, para poner los frijoles en la olla y estar atento a que el fuego no se apagara.

Los Siete Truenos vivían en una casita de piedra, encima de una gran pirámide llena de nichos. Seis hombrecitos de barba cana, grandes bigotes y cejas tan pobladas que casi les cubrían los ojos se asomaron a recibirlos.

—¿Quién viene contigo, hermano? —preguntaron a coro.

—Un muchacho que encontré en la selva. Viene para ayudarnos a sembrar y cosechar, a barrer la casa y traer agua del pozo, a poner los frijoles y atender el fuego para que no nos falte.

—Y también para subir a las...

—comenzó a decir Tajín, pero nadie le hizo caso. Los Truenos no estaban muy conformes.

—¿Un extraño en nuestra casa?

¡Ya no tendremos secretos! ¡Aprenderá nuestras mañas! Tiene cara de bribón —dijeron todos hablando al mismo tiempo.

Tajín sintió que la rabia lo colmaba y estaba a punto de arremeter a pedradas contra los siete ancianos, cuando su protector tomó la palabra:

—Calma, hermanos, por favor. Nosotros tenemos tareas importantes que atender. ¿No



protestamos cada vez que nos toca quedarnos en casa mientras los demás van a bailar a las nubes? A ver, ¿quién se queda hoy a poner los frijoles?

—Yo me quedé ayer —dijo uno.

—Hace dos semanas que no me toca salir —mintió el Trueno Doble, que siempre hacía trampas para ir a bailar.

—Nadie taconeaba como yo —presumió el Trueno Viejo.

—Yo no sé preparar los frijoles. No es mi turno... Tengo esta mano lastimada... —argumentaron los demás.

—Pues yo tampoco me quedaré —concluyó el Trueno Mayor, que era quien había encontrado a Tajín—. Para eso traje a este muchacho.

Nosotros le diremos cómo nos gusta que haga las cosas y pronto aprenderá.

Después de mediodía unas nubes se asomaron a la orillita del horizonte, enormes y grises, por el lado del mar. Tajín ya había recibido instrucciones. Ya sabía tomar la escoba y llevar sobre los hombros el cántaro lleno de agua y consentir al fuego entre las

tres piedras del fogón. Sobre todo, ya sabía cómo poner los frijoles en la olla para que, por la noche, al regresar de su baile, los Siete Truenos pudieran cenar.

Muy contentos estaban los ancianos. Entre bromas y risas abrieron su gran arcón de maderas perfumadas y sacaron sus trajes de faena. Se pusieron las capas, se calzaron las botas, se ciñeron las espadas.



—le dijo uno de los Truenos a Tajín—; son nuestras capas cuando las agitamos.

—Ni te espantes con los relámpagos; son nuestras espadas que relumbran en la oscuridad.

—Ni te hagan sufrir los truenos; son nuestras botas que retumban contra las nubes.

—No permitas que la lluvia te moje, porque si te resfrías después no podrás ayudarnos.

—No vayas a descuidar los frijoles porque se pueden quemar y el baile nos abre el apetito.

—Ni te vayas a quedar dormido, pues alguien podría entrar y llevarse nuestra cena.

—Sobre todo —le dijo el Trueno Mayor—, no dejes que se apague el fuego, porque cuesta mucho trabajo volver a encenderlo.

Así se despidieron los Truenos y Tajín les dijo que sí a todo. Al principio pudo verlos mientras iban subiendo por los aires con sus trajes de labor, como si la escalinata de la pirámide continuara más allá de las copas de los árboles. Todavía pudo distinguirlos cuando corrían reuniendo las nubes como si éstas fueran los animales de un rebaño.

Y, en efecto, cuando los Truenos movían las capas, Tajín sentía cómo el viento le sacudía los cabellos; y cuando saltaban de un lado a otro se escuchaba como el rodar de truenos lejanos; y cuando desenvainaron las espadas para dar la señal y comenzar un baile, un relámpago gigantesco iluminó el cielo hasta el último confín, y el estruendo que lo siguió fue tan violento que sacudió la tierra.



La lluvia comenzó a caer suave y tibia como una bendición. Tajín ya no podía ver a los Truenos pero sabía que estaban encima de las nubes, bailando con todas sus fuerzas, agitando las capas y blandiendo las espadas, taconeando con las botas y gritando de vez en cuando, si la felicidad los desbordaba, “¡Jajay, jajay, jajay!”.



Durante algunos días Tajín fue un ayudante ejemplar. Barría la casa —¡y cada uno de los nichos!—; ponía los frijoles en la olla; traía agua del pozo; trabajaba en la milpa; estaba atento a que las ascuas no perdieran su brillo de joyas entre las tres piedras del fogón; también cepillaba las botas de los Truenos. Y cada vez que tocaba esas botas le renacía el mismo pensamiento: “Tengo que subir, tengo que subir”.

La soñada oportunidad llegó. Una mañana, los Siete Truenos se pusieron sus blancos trajes de viaje y le dijeron a Tajín que debían ir a Papantla, a comprar puros en el mercado.

—No te preocupes, no tardaremos mucho —le dijo el Trueno Viejo, que se había encariñado un poco con el muchacho.

—Antes de que acabe el día nos verás por aquí —dijo otro de los Truenos palmeándole la cabeza.

—Pero no olvides todo lo que te hemos advertido —le dijo el Trueno Doble, que no quería parecer blando.

—Pon los frijoles en la olla, porque el viaje es largo y regresaremos con hambre.

—No vayas a descuidarte ni dejes la casa sola.

—No te quedes dormido.

—Sobre todo —le recordó al salir el Trueno Mayor—, no vayas a permitir que se apaguen las brasas.

Tajín dijo que sí a todo y los Truenos se fueron muy contentos porque ahora sí tenían a alguien que los ayudara; que fuera a sembrar y cosechar; que barrierla la casa y trajera agua del pozo; que pusiera los frijoles en la olla y cuidara amorosamente la adorada flor del fuego. Muy contentos se fueron los Siete Truenos a comprar sus puros al mercado de Papantla.

Apenas se quedó solo Tajín, tiró la escoba en un rincón y comenzó a palmotear de contento. Corrió al gran arcón de los Truenos y se lanzó de cabeza a buscar unas botas que le quedaran. Tuvo que echar fuera todas las prendas antes de encontrar unos zapatos de su medida. La capa y la espada presentaron menos dificultades.

En cuanto se hubo vestido, el muchacho corrió al pozo para verse reflejado en el agua.

—¡Ahí viene Tajín! —pasó la voz entre los árboles y los monos, y las hormigas negras y las hormigas rojas, que apresuraron el paso pero sin romper filas.

El chamaco se sintió un tanto decepcionado porque sus cejas no eran tan pobladas como las de los Truenos. Le molestó ver su rostro lampiño, sin barbas ni bigotes, y frunció el entrecejo.





—¡Cuidado, cuidado con Tajín!

—corrió la voz por los diminutos túneles en sombras y por las más altas ramas, hasta que alcanzó a los Truenos, que iban por el camino muy quitados de la pena.

—¿Qué dicen los árboles?

—preguntó el Trueno Viejo, que no tenía el oído muy fino.

—No hagas caso, hermano, ya los conoces. Son unos escandalosos. Harían cualquier cosa para llamar la atención —le contestaron los demás, ansiosos

por llegar a Papantla y comprar sus puros. ¡Si hubieran visto lo que hacía Tajín!

El muchacho había recorrido ya la escalinata y comenzaba a subir por los aires. Los primeros pasos fueron difíciles. No se atrevía Tajín. Sentía miedo. Sin embargo, no tardó mucho en tomar confianza. Por unos momentos quedó arrobado. ¡Qué hermosa era la selva vista desde arriba! Tajín tenía la pirámide a sus pies, entre un sinfín de colinas rabiosamente verdes, y más allá las montañas y a lo lejos el mar. Pero pronto dejó de admirar el paisaje.

Comenzó a correr persiguiendo las nubes. Cada vez que agitaba la capa para juntarlas soplabla el aire. La agitaba con más fuerza y entonces arreciaba el viento y las nubes enloquecían como venados perseguidos. “¡Jajay, jajay, jajay!”, comenzó a gritar Tajín. En voz baja primero. Después más alto,

dándose ánimo. Por fin con todas sus fuerzas, al mismo tiempo que sacaba la espada y comenzaba a girar. Todo el cielo y la tierra y aun el mar interminable se llenaron con una luz cegadora.

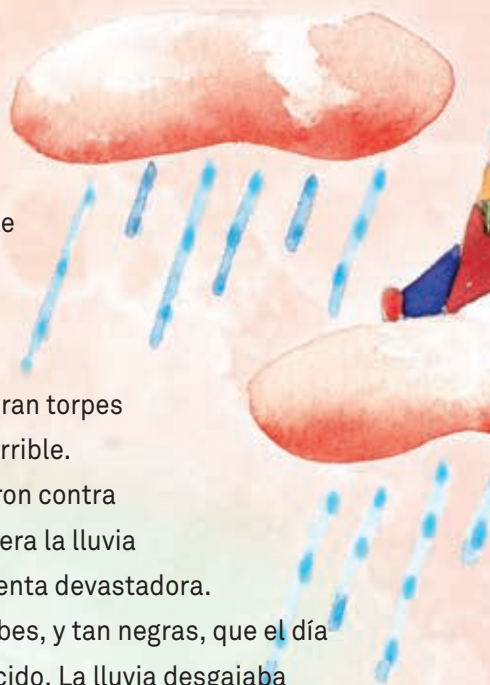
Empezó a bailar Tajín. Pero sus pasos no eran acompasados y armoniosos como los de los Truenos; eran torpes y descompuestos. Alzaron un viento terrible. Entre relámpagos y truenos desgranaron contra la selva un chubasco violentísimo. No era la lluvia bendita de los Truenos, sino una tormenta devastadora.

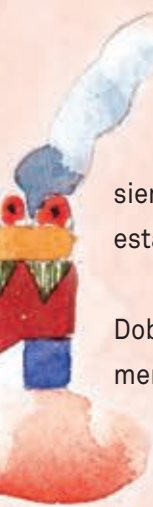
Había tantas nubes, y tan negras, que el día se había oscurecido. La lluvia desgajaba ramas de los árboles y hacía crecer los ríos. Tiritando y empapados, los animales buscaban guarecerse en las alturas.

Y mientras más arreciaba la tormenta, Tajín bailaba con más bríos, taconeaba con mayor fuerza, hacía revolotear su capa con más ganas, clavaba furiosamente los tacones en los lomos de las nubes, gritaba más y más alto: “¡Jajay, jajay, jajay!”.

Apenas iban llegando a Papantla los Truenos cuando un repentino vendaval les arrancó los sombreros.


—¡Diablos! —gritó el Trueno Mayor, al mismo tiempo que salía corriendo por su sombrero.





—¡Las nubes! ¡Miren las nubes! —exclamó el Trueno Viejo, que siempre tenía la buena o la mala fortuna de descubrir todo lo que estaba pasando.


—¡El muchacho! ¡Esto lo hizo el muchacho! —dijo el Trueno Doble, a quien no era fácil engañar, pues todo lo consideraba por lo menos dos veces.



—¡Ese demonio! De seguro ni siquiera puso los frijoles. ¡Dejó sola la casa!


—¡Acabará con el mundo! —se quejaron los demás, mientras intentaban vanamente protegerse de la lluvia y del viento.

Mojados de la cabeza a los pies regresaron a toda prisa a su casa. Con trabajos subieron la escalinata de piedra, resbalando de vez en cuando, ahogándose casi con el agua. Apenas entraron sintieron



que iban a desmayarse: ¡Jamás habían visto tal desbarajuste! Junto con otras prendas de vestir, las botas, capas y espadas estaban tiradas en el mayor desorden. La escoba flotaba en un charco.

¡Los frijoles se habían quemado! Entre las tres piedras del fogón había únicamente ceniza.



—¡Tras él, tras él, vamos a atraparlo! —exclamó el Trueno Viejo, que había perdido todo su cariño por el muchacho.

—Si no nos apresuramos acabará con el mundo —dijo el Trueno Doble mientras comenzaba a calzarse las botas.

—¿Dónde están mis botas? —preguntó el Trueno Mayor, lanzando las capas por el aire para buscarlas.

—Deprisa, deprisa, que los ríos ya se desbordan.

—Deprisa, deprisa, que el viento arranca los árboles.

—¡Mis botas, mi capa, mi espada! —gritaba el Trueno Mayor, desesperado porque no las encontraba.

—Deprisa, deprisa, que la tierra se desmorona.

—Deprisa, deprisa, que el mar nos arrasará.

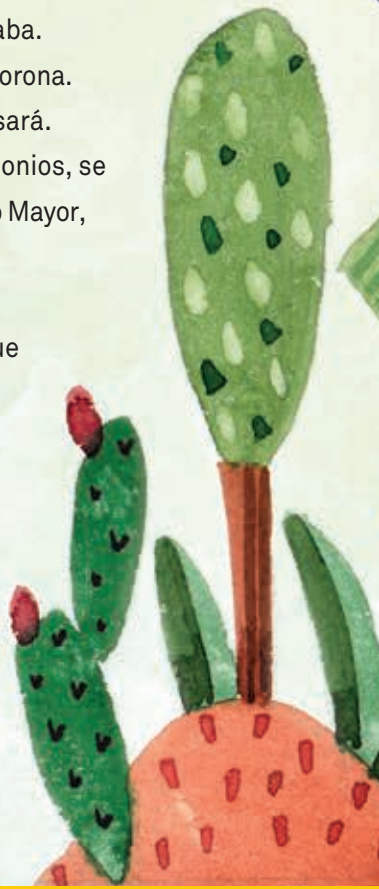
—¡Mis botas, mi capa, mi espada! ¡Demonios, se las llevó! —comprendió finalmente el Trueno Mayor, arrancándose los bigotes de rabia.

—Deprisa, deprisa, vamos por él

—dijeron a coro solamente seis Truenos que salieron para perseguir a Tajín.

Era difícil subir con tanto viento, con tanta agua, con el estrépito de la tormenta.

Empapados iban los Truenos, trabajosamente. Deslumbrados por los relámpagos. Quitándose el agua de la cara con las manos. Respirando apenas. Resbalando en las primeras nubes como si fueran piedras de río.



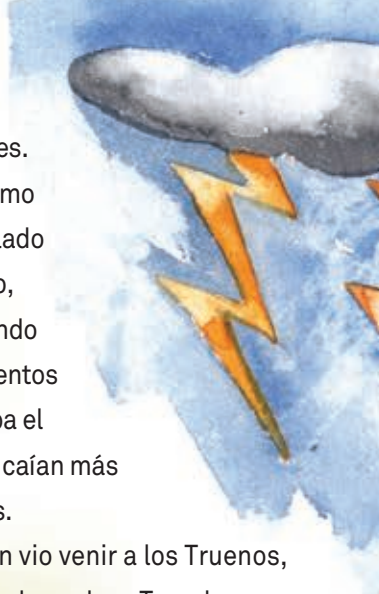
Por fin lograron pasar la barrera de las nubes. Más allá brillaba el sol y el cielo era tan azul como siempre. Allí estaba Tajín, brincoteando de un lado a otro. Primero sobre un pie, luego sobre el otro, después dando vueltas como un remolino, tirando tajos con la espada. Y cada uno de sus movimientos daba un nuevo impulso a la tormenta: resoplaba el

viento o crecía la lluvia, o caían más relámpagos y truenos.

En cuanto Tajín vio venir a los Truenos, salió corriendo entre las nubes. Trepaba, se escondía, saltaba, se escabullía, burlaba a sus perseguidores. Los seis Truenos se afanaban por alcanzarlo; se separaban para cortarle las salidas; procuraban acorralarlo. Pero el chamaco los esquivaba, los dejaba atrás, salía disparado en otra dirección.

Y con tanto movimiento, con tanto taconeo, con tanto agitar las espadas y las capas, la tormenta arreciaba más y más.

Pasaron muchas horas antes de que los seis Truenos lograran atrapar a Tajín. Cuando finalmente lo consiguieron, estaban sofocados y sudorosos. Bajaron con tiento, cuidando dónde ponían los pies. ¡Qué espectáculo de desolación! ¡La milpa inundada y rota! ¡Los grandes árboles arrancados de cuajo! ¡El mar embravecido como una mala fiera! ¡El viento, que tarda en recuperar el sueño, rondando como un mal pensamiento!



Llegaron rendidos a su casa.

—¿Dónde está ese bribón? ¡Déjenme ponerle las manos encima!

—gritó el Trueno Mayor, furioso porque Tajín se había llevado sus cosas y más furioso todavía porque la tormenta lo había dejado hecho una sopa.

Pero no recibió respuesta. Nadie podía hablar. Los seis hombrecitos resoplaban penosamente para recuperar el aliento.

—¡Entréguenme a ese granuja! Quiero azotarlo, triturarlo, machacarlo, picarlo, aporrearlo, molerlo, macerarlo, pulverizarlo... Ya después le pondremos un buen castigo.

El Trueno Mayor no podía quedarse quieto. Se tiraba de los bigotes, furioso. Estaba tan enojado que acabó por provocar la risa de sus hermanos. Sin embargo, lo que Tajín había hecho no era cosa de risa; de manera que los Truenos comenzaron a deliberar para decidir lo que debían hacer con el muchacho.

Tras discutir un buen rato, los Truenos llegaron a una decisión. Atronaron fuertemente a Tajín y lo llevaron al mar para tirarlo al agua.

—Ahí llevan a Tajín —decían los árboles sacudiendo gozosamente sus ramas.

—Por fin nos dejará tranquilos —parloteaban los monos.

—Ahora sí podremos trabajar en paz —fue corriendo la voz entre las hormigas rojas y entre las hormigas negras, que no rompieron filas ni siquiera para festejar la buena nueva.

Bien adentro del mar lo tiraron. No querían los Truenos que Tajín pudiese regresar.

Y desde ese momento allí vive Tajín. Ha crecido el muchacho; ha cobrado fuerzas. Y de vez en



cuando recuerda sus aventuras aéreas. Abandona entonces las profundidades marinas. Surge cabalgando el viento desatado y hace galopar las nubes enloquecidas y los cielos repentinamente sombríos se desbaratan en una lluvia incontenible, mientras los relámpagos y los truenos se suceden sin conceder respiro.

Los ríos se desbordan, los árboles se desploman, los caminos se desmoronan, las cosechas se pierden, sufren los pueblos. Deben entonces los Siete Truenos trepar de nuevo a las nubes de tormenta para capturar a Tajín —al Huracán, como también llaman al muchacho—, para lanzarlo una vez más al fondo del mar.



Otra historia sorprendente sobre el agua es *La sirena y el pescador*, una leyenda indígena de los nahuas del río Balsas. Búscala en tu Biblioteca Escolar.

Chitiliche uan metstli

🌱 TEXTO: José Luis Morales / ILUSTRACIÓN: Josel

[Náhuatl]

Keman mo kokoua metstli kualo kijtouan kolimen ke pilchikilitsin peuan tsajtsin kenke ki itan metstli tlanti tlayohuati chikilitsin tsajtsin sempa uan sempa keman tsajtsin ki ijtohua chikilitsin chikili chikili chikil pampa ki palehua metstli kenke ki neki ma mo kualchihua.

Keman metstli mo kualchihua tlayoua uan nesi yeyejtsi uan metstli pepetlaka miak pil chikilitsin san chikitsin san mokahua ax molinian uan yapakin nojkia kiijtuan kolimen ke keman mo kokuhua metstli peua keski chikueyi tlen tlakua uan mo kuatiliya pan nauí horas. Keman mo kokua metstli nochime ti majmaui nochi tu huanpoyo uan tlen to chinanko uan tlen seyok chinanko tlen uejka itstoken kin paleuiyan metstli sekin ki paleuiyan keman iki tsilinian tepostli sekin ki pitstikaten uakax ikuakua ax ti nekin ma tlami metstli metstli nochimen ti nekin ti itstosen panhi tlali keman mo kuatiya metstli nochimen yolpakín ueueyin uan kuekuetsitsi ka miyak pakilistli.



Cuando se enferma la luna

[Traducción al español]



Cuando se enferma la luna con un eclipse, dicen los abuelitos que los grillitos empiezan a gritar porque ven que la luna se va acabando. Mientras va oscureciendo los grillos gritan cada vez más y más, y en su grito dicen: “Sí, sí, sí”, porque ayudan a la luna para que se recupere. Cuando la noche se ve bonita y la luna brilla mucho, los grillitos se tranquilizan, se quedan calladitos y muy contentos.

También dicen mis abuelitos que cuando se enferma la luna empieza como a las ocho de la noche y se recupera a las cuatro horas. Cuando se enferma, todos tenemos miedo; la gente de mi comunidad y de otros lugares lejanos ayuda a la luna: unos la ayudan sonando la campana, otros pitando el cuerno de la vaca. En fin, no queremos que se acabe la luna, todos queremos vivir en el mundo. Cuando se recupera la luna todos quedamos tranquilos, grandes y chicos, con mucho ánimo.

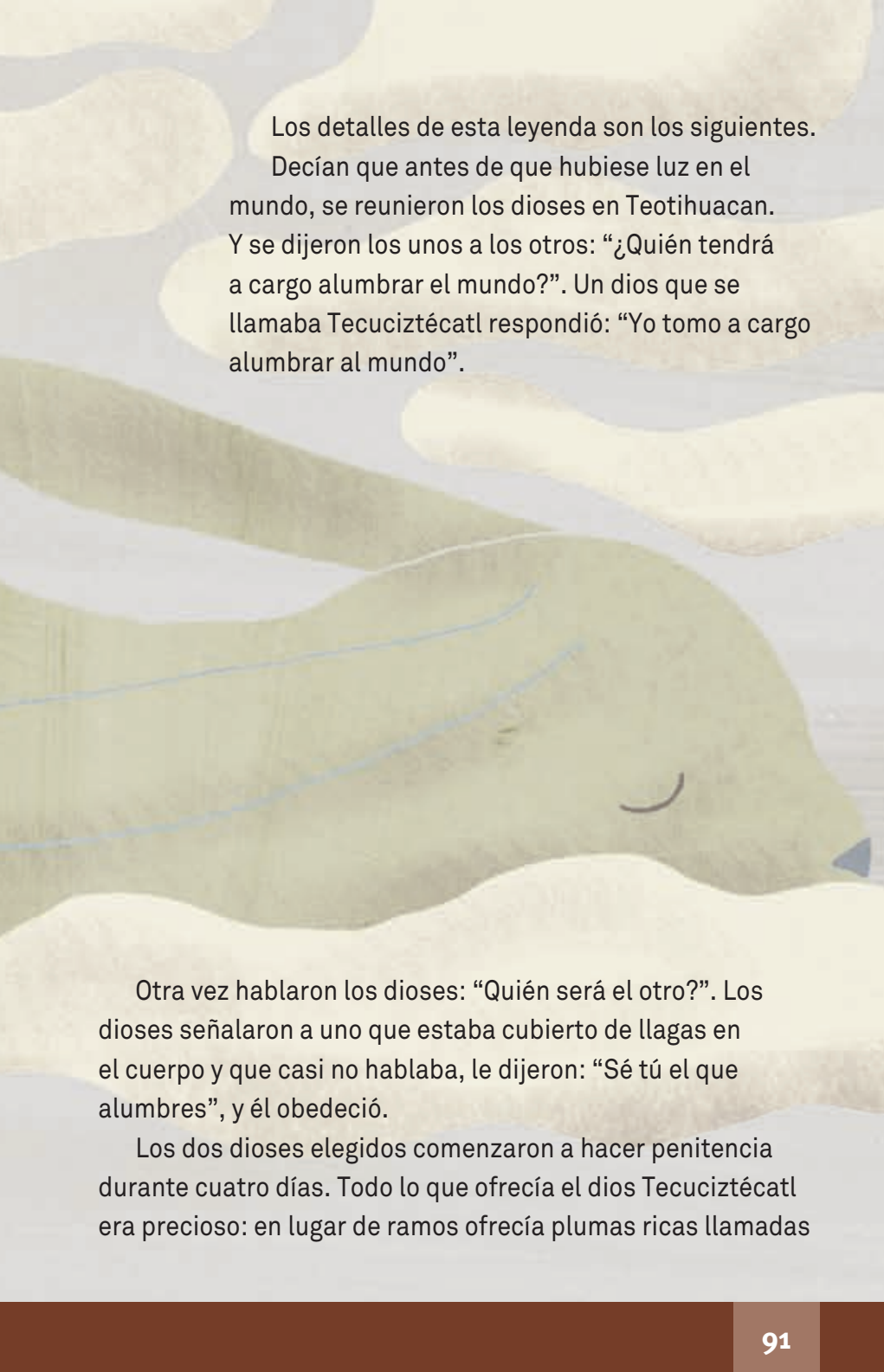
Conoce textos en otras lenguas en *Árbol que hablaba: cuentos. Biunkuang ke naéung: kuent, antología escrita por niñas y niños indígenas Xi' Oi*, quienes viven en la Palma, municipio de Tamasopo, San Luis Potosí. Búscala en tu Biblioteca Escolar.

De la luna

✿ TEXTO: Fray Bernardino de Sahagún, versión de Felipe Garrido

ILUSTRACIÓN: Abril Castillo

Cuando la luna nuevamente nace, parece un arquito de alambre delgado; aún no resplandece; poco a poco va creciendo. A los quince días es llena; y cuando ya es llena, sale por el oriente a la puesta del sol. Parece como una rueda de molino grande, muy redonda y muy colorada; y cuando va subiendo, se para blanca o resplandeciente; parece como un conejo en medio de ella; y si no hay nubes, resplandece casi como el sol, casi como de día. Y después de llena cumplidamente, poco a poco se va menguando, hasta que se va a hacer como cuando comenzó. Dicen entonces: “Ya se muere la luna; ya se duerme mucho”; esto es cuando sale ya con el alba. Al tiempo de la conjunción dicen: “Ya es muerta la luna”. La fábula del conejo que está en la luna es ésta: dicen que los dioses se burlaron con la luna y le dieron con un conejo en la cara, y le quedó el conejo señalado en la cara; y con esto le oscurecieron la cara como un cardenal; después de esto salió para alumbrar al mundo.



Los detalles de esta leyenda son los siguientes. Decían que antes de que hubiese luz en el mundo, se reunieron los dioses en Teotihuacan. Y se dijeron los unos a los otros: “¿Quién tendrá a cargo alumbrar el mundo?”. Un dios que se llamaba Tecuciztécatl respondió: “Yo tomo a cargo alumbrar al mundo”.

Otra vez hablaron los dioses: “¿Quién será el otro?”. Los dioses señalaron a uno que estaba cubierto de llagas en el cuerpo y que casi no hablaba, le dijeron: “Sé tú el que alumbres”, y él obedeció.

Los dos dioses elegidos comenzaron a hacer penitencia durante cuatro días. Todo lo que ofrecía el dios Tecuciztécatl era precioso: en lugar de ramos ofrecía plumas ricas llamadas

quetzalli; en lugar de pelotas de heno, pelotas de oro; en lugar de espinas de maguey, espinas hechas de coral dorado; y el copal que ofrecía era muy bueno.

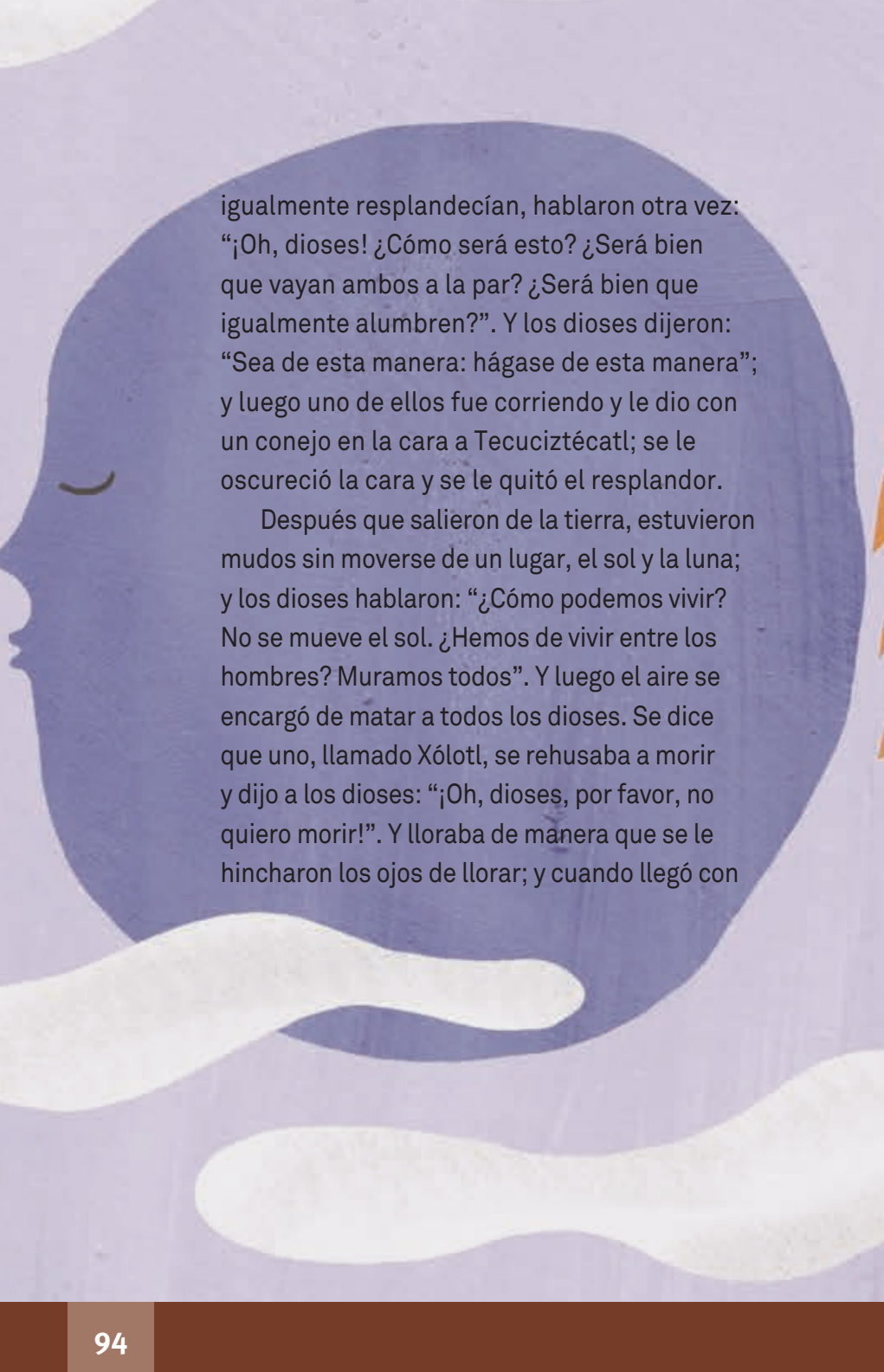
El dios cubierto de llagas, Nanahuatzin, en lugar de ramos ofrecía nueve cañas verdes atadas de tres en tres; ofrecía bolas de heno y espinas de maguey, que ensangrentaba con su misma sangre; en lugar de copal ofrecía las costras de las llagas.

Después de que hicieron la penitencia en los montes Itzacualli, echaron allí las ramas y todo lo que ocuparon. Y antes de la medianoche, los otros dioses, les dieron sus armaduras. A Tecuciztécatl dieron un plumaje y un lienzo; a Nanahuatzin un tocado y una vestimenta de papel. Llegada la medianoche todos los dioses se pusieron alrededor del hogar; en este lugar ardió el fuego cuatro días. Hablaron los dioses y dijeron a Tecuciztécatl: “Tecuciztécatl, entra tú en el fuego”. Y él entró. Y como el fuego era grande y estaba muy encendido, sintió gran calor, tuvo miedo; no intentó echarse en el fuego, se volvió. Otra vez intentó entrar en el fuego tomando fuerza, y llegando se detuvo; no se atrevió; cuatro veces probó, pero no lo logró.

Los dioses luego hablaron con Nanahuatzin y le dijeron: “¡Vamos, Nanahuatzin, prueba tú!”. Y como le hablaron los dioses, se esforzó y, cerrando los ojos, arremetió y se echó en el fuego; luego comenzó a retorcerse, como quien se asa.

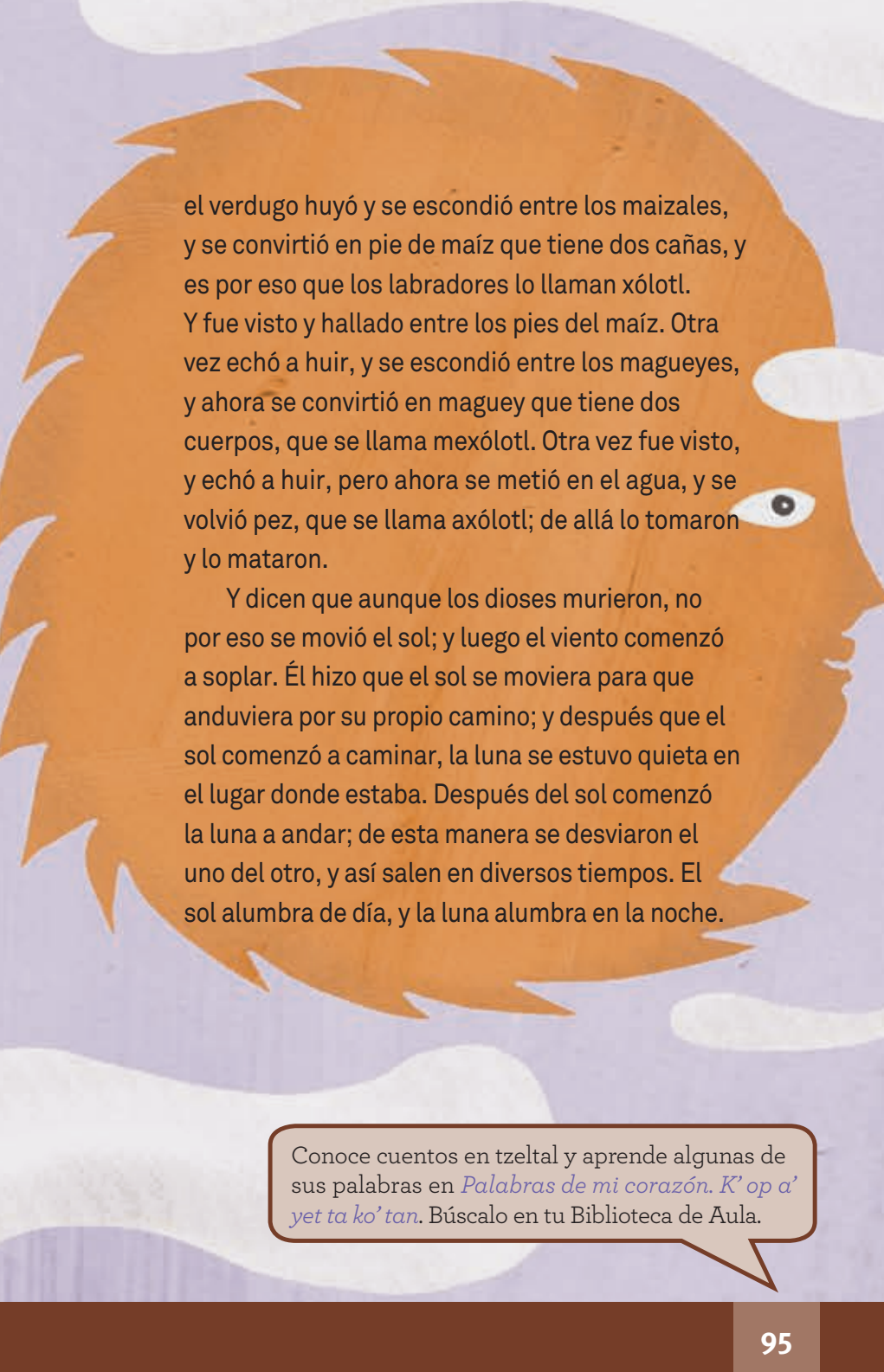
Y como vio Tecuciztécatl que Nanahuatzin ardía, arremetió y se metió en el fuego; y luego un águila entró en el fuego, y también se quemó, y por eso tiene las plumas gruesas y negras. Después entró un tigre; no se quemó, sino que se chamuscó y por eso quedó manchado de negro y blanco. Después de que ambos se quemaron, los dioses se sentaron a esperar qué parte saldría de Nanahuatzin. Comenzó a ponerse colorado el cielo, y apareció la luz del alba. Y dicen que después de esto, los dioses se hincaron de rodillas para ver de dónde saldría Nanahuatzin convertido en sol; a todas partes miraban. Algunos pensaron que saldría del norte, y otros, se pusieron a mirar hacia el oriente; dijeron: “Aquí, de esta parte, ha de salir el sol”. Y esas palabras se hicieron realidad. Dicen que los que miraron hacia el oriente fueron Quetzalcóatl y cuatro mujeres: Tiacapan, Teicu, Tlacoepa y Xocóyotl.

Y cuando vino a salir el sol, pareció muy colorado; parecía que se contoneaba; nadie lo podía mirar, porque dejaba ciego a quien lo veía. Resplandecía y echaba rayos de sí, que se derramaron por todas partes. Y después salió la luna en la misma parte del oriente, a la par del sol; por la orden que entraron en el fuego, por la misma salieron hechos sol y luna. Y los que cuentan fábulas dicen que tenían igual luz con la que alumbran. Y los dioses vieron que



igualmente resplandecían, hablaron otra vez: “¡Oh, dioses! ¿Cómo será esto? ¿Será bien que vayan ambos a la par? ¿Será bien que igualmente alumbren?”. Y los dioses dijeron: “Sea de esta manera: hágase de esta manera”; y luego uno de ellos fue corriendo y le dio con un conejo en la cara a Tecuciztécatl; se le oscureció la cara y se le quitó el resplandor.

Después que salieron de la tierra, estuvieron mudos sin moverse de un lugar, el sol y la luna; y los dioses hablaron: “¿Cómo podemos vivir? No se mueve el sol. ¿Hemos de vivir entre los hombres? Muramos todos”. Y luego el aire se encargó de matar a todos los dioses. Se dice que uno, llamado Xólotl, se rehusaba a morir y dijo a los dioses: “¡Oh, dioses, por favor, no quiero morir!”. Y lloraba de manera que se le hincharon los ojos de llorar; y cuando llegó con



el verdugo huyó y se escondió entre los maizales, y se convirtió en pie de maíz que tiene dos cañas, y es por eso que los labradores lo llaman xólotl. Y fue visto y hallado entre los pies del maíz. Otra vez echó a huir, y se escondió entre los magueyes, y ahora se convirtió en maguey que tiene dos cuerpos, que se llama mexólotl. Otra vez fue visto, y echó a huir, pero ahora se metió en el agua, y se volvió pez, que se llama axólotl; de allá lo tomaron y lo mataron.

Y dicen que aunque los dioses murieron, no por eso se movió el sol; y luego el viento comenzó a soplar. Él hizo que el sol se moviera para que anduviera por su propio camino; y después que el sol comenzó a caminar, la luna se estuvo quieta en el lugar donde estaba. Después del sol comenzó la luna a andar; de esta manera se desviaron el uno del otro, y así salen en diversos tiempos. El sol alumbraba de día, y la luna alumbraba en la noche.

Conoce cuentos en tzeltal y aprende algunas de sus palabras en *Palabras de mi corazón. K' op a' yet ta ko' tan*. Búscalo en tu Biblioteca de Aula.

Sol de Monterrey

✿ TEXTO: Alfonso Reyes

ILUSTRACIÓN: León Braojos



No cabe duda: de niño,
a mí me seguía el sol.
Andaba detrás de mí
como perrito faldero;
despeinado y dulce,
claro y amarillo:
ese sol con sueño
que sigue a los niños.

Saltaba de patio en patio,
se revolcaba en mi alcoba.
Aún creo que algunas veces
lo espantaban con la escoba.



Y a la mañana siguiente,
ya estaba otra vez conmigo,
despeinado y dulce,
claro y amarillo:
ese sol con sueño
que sigue a los niños.

(El fuego de mayo
me armó caballero:
yo era el Niño Andante,
y el sol, mi escudero.)



Todo el cielo era de añil;
toda la casa, de oro.
¡Cuánto sol se me metía
por los ojos!

Mar adentro de la frente,
a donde quiera que voy,
aunque haya nubes cerradas,
¡oh cuánto me pesa el sol!

¡Oh cuánto me duele, adentro
esa cisterna de sol
que viaja conmigo!



Yo no conocí en mi infancia
sombra, sino resolana.
Cada ventana era sol,
cada cuarto eran ventanas.

Los corredores tendían
arcos de luz por la casa.

En los árboles ardían
las ascuas de las naranjas,
y la huerta en lumbre viva
se doraba.



Los pavos reales eran
parientes del sol. La garza
empezaba a llamear
a cada paso que daba.

Y a mí el sol me desvestía
para pegarse conmigo,
despeinado y dulce,
claro y amarillo:
ese sol con sueño
que sigue a los niños.

Quando salí de mi casa
con mi bastón y mi hato,
le dije a mi corazón:
—¡Ya llevas sol para rato!
Es tesoro —y no se acaba:
no se me acaba— y lo gasto.
Traigo tanto sol adentro
que ya tanto sol me cansa.


Yo no conocí en mi infancia
sombra, sino resolana.

Conoce otros poemas como éste
en *La rama*, de Octavio Paz. Busca
esta obra en tu Biblioteca Escolar.

El viaje

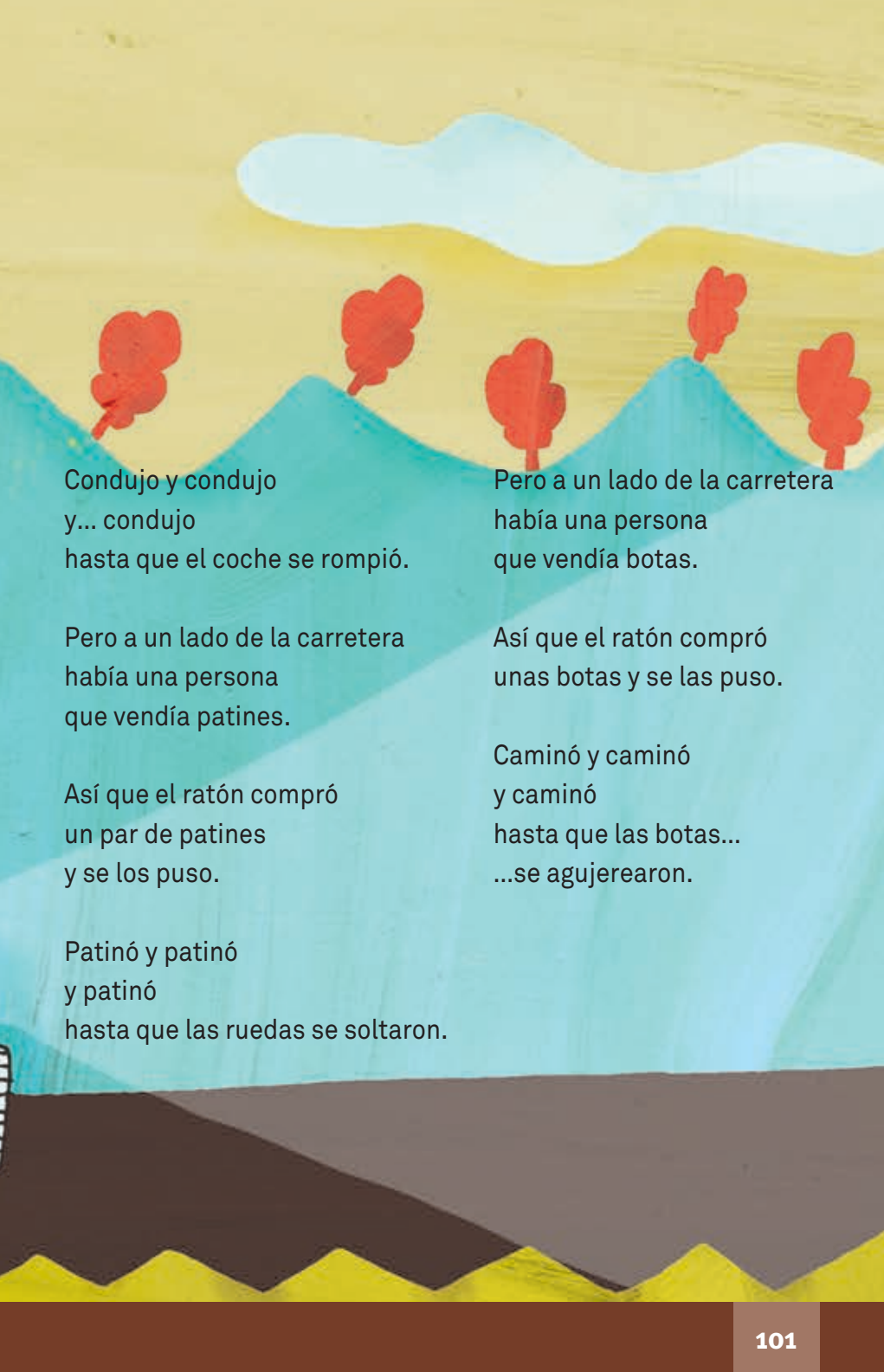
✿ TEXTO: Arnold Lobel

ILUSTRACIÓN: Abril Castillo



Había una vez un ratón
que quería visitar
a su madre.

Así que compró un coche
y se dirigió
a casa de su madre.



Condujo y condujo
y... condujo
hasta que el coche se rompió.

Pero a un lado de la carretera
había una persona
que vendía patines.


Así que el ratón compró
un par de patines
y se los puso.

Patinó y patinó
y patinó
hasta que las ruedas se soltaron.

Pero a un lado de la carretera
había una persona
que vendía botas.

Así que el ratón compró
unas botas y se las puso.

Caminó y caminó
y caminó
hasta que las botas...
...se agujerearon.



Pero a un lado de la carretera
había una persona
que vendía tenis.


Así que el ratón compró
un par de tenis.

Se puso los tenis y corrió
y corrió y corrió
hasta que los tenis
se gastaron.

Entonces se los quitó
y caminó,
caminó y caminó
hasta que los pies se le lastimaron
tanto que no pudo seguir andando.

Pero a un lado de la carretera
había una persona
que vendía pies.

Así que el ratón se quitó sus viejos pies
y se puso unos nuevos.



Y así anduvo hasta llegar
a casa de su madre.

Cuando llegó,
su madre se alegró mucho de verlo.

Lo abrazó...
...y le dio un beso
y le dijo: —¡Hola, hijo!

¡Qué bien te encuentro
y qué pies nuevos
tan bonitos tienes!

Lee otras aventuras de ratones en el libro de Arnold Lobel, *Historias de ratones*. En él, Papá ratón cuenta siete cuentos a sus siete ratoncitos para que se duerman, como *El pozo de los deseos* o *El ratón viejo*. Búscalo en tu Biblioteca de Aula.

El Patito Feo

❁ TEXTO: Hans Christian Andersen, adaptación
de Felipe Garrido / ILUSTRACIÓN: Sergio Aguilar-Álvarez Bay

Al fin los huevos se abrieron uno tras otro. “¡Cuac, cuac!”, decían los patitos conforme se iban asomando a través del cascarón.

—¡Cuac, cuac! —dijo la mamá pata—, y todos los patitos se apresuraron a salir tan rápido como pudieron, dedicándose enseguida a escudriñar entre las verdes hojas.

—¡Oh, qué grande es el mundo! —dijeron los patitos. Y ciertamente disponían de un espacio mayor que el que tenían dentro del huevo.

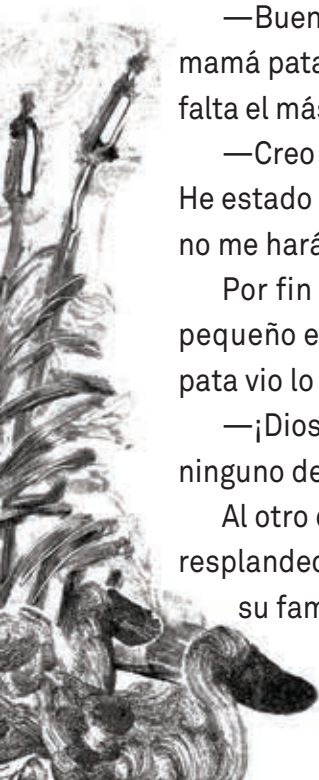
—Bueno, espero que ya estén todos —agregó la mamá pata, levantándose del nido—. ¡Ah, pero si todavía falta el más grande! ¿Cuánto tardará aún?


—Creo que me quedaré sobre él todavía un ratito. He estado tanto tiempo aquí sentada, que un poco más no me hará daño.

Por fin se rompió el huevo. “¡Pip, pip!”, dijo el pequeño echándose de cabeza fuera del cascarón. La pata vio lo grande y feo que era, y exclamó:

—¡Dios mío, qué patito tan enorme! No se parece a ninguno de los otros.


Al otro día hizo un tiempo maravilloso. El sol resplandecía. La mamá pata se acercó al foso con toda su familia y saltó al agua.






—¡Cuac, cuac! —llamaba. Y uno tras otro los patitos se fueron lanzando tras ella.

El agua cubría sus cabezas, pero enseguida resurgían magníficamente. Movían sus patas sin el menor esfuerzo. De inmediato todos estuvieron flotando en el agua. Hasta el Patito Feo y gris nadaba con los otros.

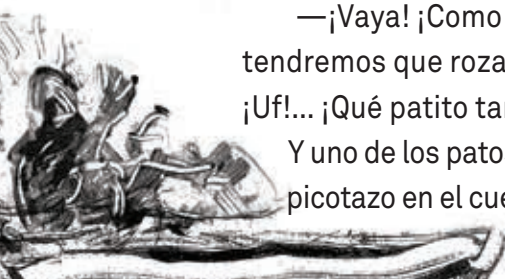


—Fíjense en la elegancia con que nada, y en lo derecho que se mantiene. Sin duda que es uno de mis pequeñitos. Y si uno lo mira bien, se da cuenta enseguida de que es realmente muy guapo. ¡Cuac, cuac! Vamos, vengan conmigo y déjenme enseñarles el mundo y presentarlos al corral entero —dijo la pata—. ¡Vean! ¡Así anda el mundo! ¿Qué pasa con esas piernas? Anden ligeros y no dejen de hacerle una bonita reverencia a esa anciana pata que está allí. Es la más fina de todos nosotros. Fíjense en que lleva una cinta roja atada a una pierna: es la más alta distinción que se puede alcanzar. Es tanto como decir que nadie piensa en deshacerse de ella, y que deben respetarla todos, los animales y los hombres. Eso es. Hagan una reverencia y digan ¡cuac!



Todos obedecieron, pero los otros patos que estaban allí los miraron con desprecio y exclamaron en voz alta:

—¡Vaya! ¡Como si no fuésemos bastantes! Ahora tendremos que rozarnos también con esa gentuza. ¡Uf!... ¡Qué patito tan feo! No podemos soportarlo.



Y uno de los patos salió corriendo y le dio un picotazo en el cuello.

—¡Déjenlo tranquilo! —dijo la mamá—. No le está haciendo daño a nadie.

—Sí, pero es tan tosco y extraño —dijo el que lo había picoteado—, que no quedará más remedio que seguirlo picoteando.

—¡Qué lindos niños tienes, muchacha! —dijo la vieja pata de la cinta roja—. Todos son muy hermosos, excepto uno, al que le noto algo raro. Me gustaría que pudieras hacerlo de nuevo.

—Eso ni pensarlo, señora —dijo la mamá de los patitos—. No es hermoso, pero tiene muy buen carácter y nada tan bien como los otros, y me atrevería a decir que hasta un poco mejor. Espero que tome otro aspecto cuando crezca. Estuvo dentro del cascarón más de lo necesario, por eso no salió tan bello como los otros.

Y con el pico le acarició el cuello y le alisó las plumas.

—Estos otros patitos son encantadores —dijo la vieja pata—. Quiero que se sientan como en su casa.

Con esta invitación todos se sintieron allí a sus anchas. El pobre patito que había salido al último del cascarón, y que tan feo les parecía a todos, no recibió más que picotazos, empujones y burlas, lo mismo de los patos que de las gallinas.

—¡Qué feo es! —decían.

Entonces el patito huyó del corral. Saltó por encima de la cerca, con gran susto de los pajaritos que estaban en los arbustos, que se echaron a volar por los aires.





“¡Es porque soy tan feo!”, pensó el patito, cerrando los ojos. Siguió corriendo hasta que llegó a los grandes pantanos donde viven los patos salvajes, y allí se pasó toda la noche abrumado de cansancio y tristeza.

A la mañana siguiente, los patos salvajes miraron a su nuevo compañero.

—Y tú, ¿qué cosa eres? —le preguntaron, mientras el patito les hacía reverencias en todas direcciones, lo mejor que sabía.

—¡Eres más feo que un espantapájaros! —dijeron los patos salvajes.

De nuevo el Patito Feo echó a correr por campos y praderas. Y así fue como se marchó; ningún animal quería acercarse a él por lo feo que era.

Cierta tarde, mientras el sol se ocultaba en un maravilloso crepúsculo, emergió de entre los arbustos una bandada de grandes y hermosas aves. El patito no había visto nunca unos animales tan espléndidos. Eran de una blancura resplandeciente, y tenían largos y esbeltos cuellos. Eran cisnes. A la vez que lanzaban un fantástico grito, extendieron sus largas, sus magníficas alas, y remontaron el vuelo, alejándose de aquel frío hacia los lagos abiertos y las tierras cálidas.

Se elevaron alto, muy alto, allá por los aires, y el Patito Feo se sintió lleno de una rara inquietud. No tenía idea de cuál

podría ser el nombre de aquellas aves, ni de adónde se dirigían y, sin embargo, eran más importantes para él que todas las que había conocido hasta entonces. No las envidiaba en modo alguno: ¿cómo se atrevería siquiera a soñar que aquel esplendor pudiera pertenecerle? Ya se daría por satisfecho con que los patos lo tolerasen. ¡Pobre criatura extraña!

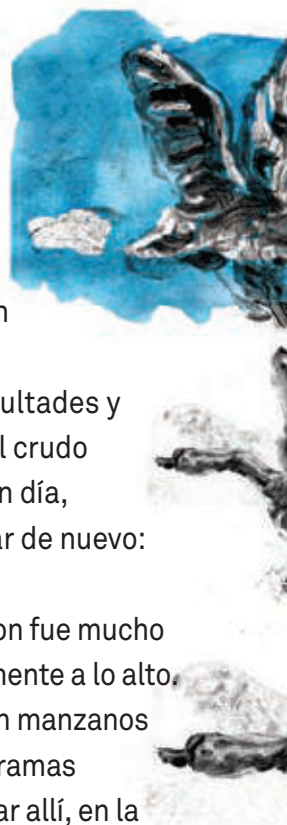
Sería demasiado cruel describir todas las dificultades y trabajos que el patito tuvo que pasar durante aquel crudo invierno. Había buscado refugio entre los tules y, un día, las alondras comenzaron a cantar y el sol a calentar de nuevo: llegaba la hermosa primavera.

Entonces, probó sus alas. El zumbido que hicieron fue mucho más fuerte que otras veces, y lo arrastraron rápidamente a lo alto. Casi sin darse cuenta, se halló en un vasto jardín con manzanos en flor y fragantes lilas, que colgaban de las verdes ramas sobre un sinuoso arroyo. ¡Oh, qué agradable era estar allí, en la frescura de la primavera!

Y en eso surgieron frente a él de la espesura tres hermosos cisnes blancos, rizando sus plumas y dejándose llevar con suavidad por la corriente. El Patito Feo reconoció a aquellas espléndidas criaturas que una vez había visto levantar el vuelo.

“¡Volaré hasta esas regias aves!”, se dijo. “Me darán de picotazos por haberme atrevido a aproximarme a ellas, feo como soy. Pero, ¡qué importa!”.

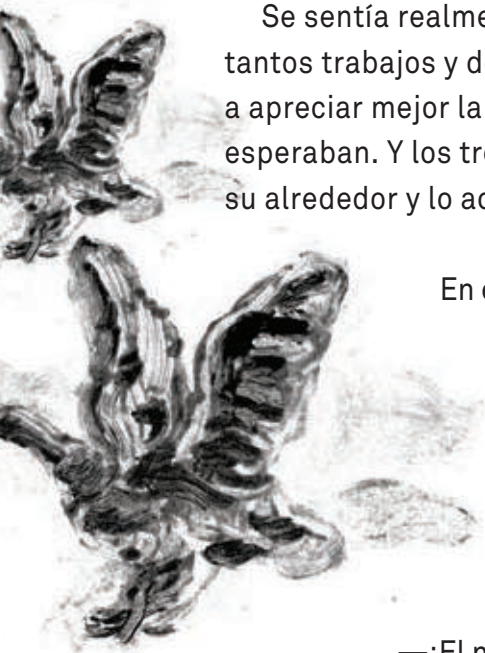
Y así, voló hasta el agua y nadó hacia los hermosos cisnes. En cuanto lo vieron, se le acercaron con las plumas encrespadas.





—¡Sí, ya vienen los picotazos! —gritó la desventurada criatura, inclinando la cabeza hacia el agua en espera de la muerte. Pero, ¿qué es lo que vio allí en la límpida corriente? Era un reflejo de sí mismo, pero no ya el reflejo de un pájaro torpe y gris, feo y repugnante, no, sino ¡el reflejo de un cisne!

Se sentía realmente feliz de haber pasado tantos trabajos y desgracias, pues esto lo ayudaba a apreciar mejor la alegría y la belleza que le esperaban. Y los tres cisnes nadaban y nadaban a su alrededor y lo acariciaban con sus picos.



En el jardín habían entrado unos niños que lanzaban al agua pedazos de pan y semillas. El más pequeño exclamó:

—¡Ahí va un nuevo cisne!

Y los otros niños corearon con gritos de alegría:

—¡Sí, hay un cisne nuevo!

—¡El nuevo es el más hermoso!

Y los otros cisnes se inclinaron ante él. Esto lo llenó de timidez, escondió la cabeza bajo el ala, sin que supiera explicarse la razón. Era muy, pero muy feliz, y no había en él ni una pizca de orgullo.

—Jamás soñé que podría haber tanta felicidad, allá en los tiempos en los que sólo era un patito feo.

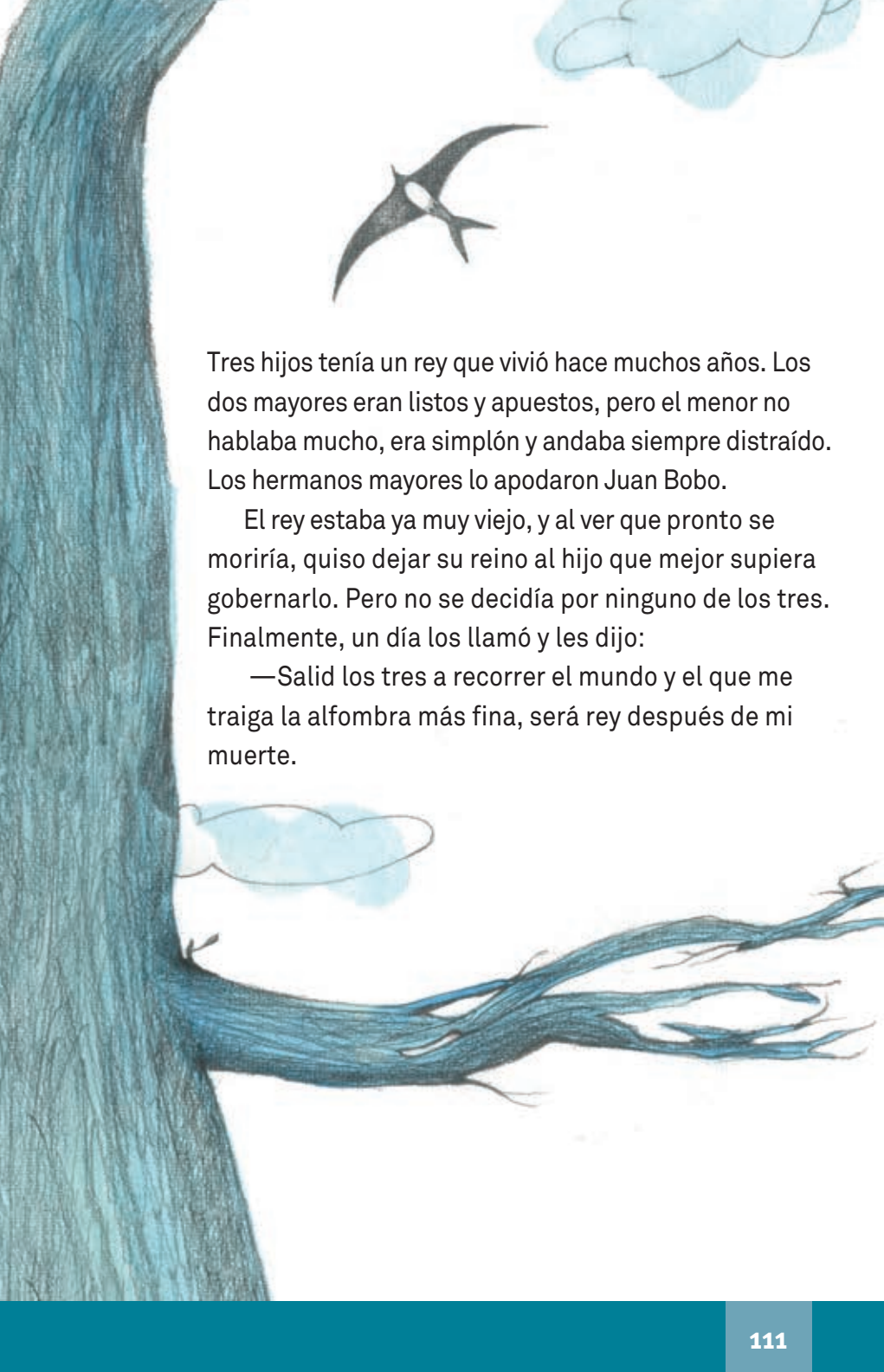
Lee y disfruta *El lenguaje de los pájaros*. Encuentra esta obra en tu Biblioteca Escolar.

Las tres plumas o la princesa rana

✿ TEXTO: Hermanos Grimm, versión de Verónica Uribe

ILUSTRACIÓN: Silvia Luz Alvarado





Tres hijos tenía un rey que vivió hace muchos años. Los dos mayores eran listos y apuestos, pero el menor no hablaba mucho, era simplón y andaba siempre distraído. Los hermanos mayores lo apodaron Juan Bobo.

El rey estaba ya muy viejo, y al ver que pronto se moriría, quiso dejar su reino al hijo que mejor supiera gobernarlo. Pero no se decidía por ninguno de los tres. Finalmente, un día los llamó y les dijo:

—Salid los tres a recorrer el mundo y el que me traiga la alfombra más fina, será rey después de mi muerte.

Los hijos se extrañaron de esta curiosa petición pero se aprestaron a salir. La mañana de su partida, el rey los acompañó al jardín y sopló tres plumas al aire.

—Cada uno de ustedes seguirá la dirección de una de las plumas.



Una pluma se fue volando hacia el este y hacia allá partió el hermano mayor; otra se fue hacia el oeste y en esa dirección partió el hermano del medio; pero la tercera voló en línea recta, no demasiado lejos, y cayó pronto al suelo.



Juan Bobo se sentó al lado de donde había caído la pluma y se dio cuenta de que justo en ese lugar había una puertecilla levadiza que nunca antes había visto. La levantó, encontró una escalera y bajó por ella. Al final de la escalera había otra puerta. Juan tocó tres veces y escuchó que adentro una voz decía:

—Tocan a la puerta:
¿Quién será? ¿Qué querrá?

Y la puerta se abrió. Adentro, Juan Bobo vio a una rana verde sentada en un trono de piedra junto a un pozo de aguas cristalinas.

—¿Qué deseas? —le preguntó la rana.

—Quiero la alfombra más fina y más hermosa del mundo.

—La tendrás —dijo la rana y le pasó una nuez—. Ábrela cuando sea necesario.

Juan Bobo tomó la nuez muy contento y volvió al palacio.



Tardaron todavía en regresar los hermanos. “Nada bueno encontrará Juan Bobo de tan bobo que es”, pensaron. Y no se molestaron mucho por encontrar una alfombra muy fina. Cuando se presentaron delante del rey, los dos hermanos mostraron sus tapices.



El rey los miró, tocó el tejido basto de las dos alfombras y luego le dijo a Juan:

—Y tú, ¿qué me has traído?

Juan sacó la nuez de su bolsillo y los dos hermanos se echaron a reír.

—Juan ha traído una nuez. ¡Qué bobo!

—¿Es acaso esa nuez lo que has traído?
—preguntó el rey, muy serio.

Y Juan, recordando lo que la rana le había dicho, abrió la nuez y de dentro se desplegó una maravillosa alfombra de fino y suave tejido.

Todos quedaron asombrados.

El rey dijo entonces que el reino sería para Juan ya que había traído, sin duda, la alfombra más hermosa.

Pero los hermanos mayores insistieron en hacer una nueva prueba.

—Padre —dijeron al rey—. Es imposible que Juan gobierne porque le falta juicio para todas las cosas.

El rey se dejó convencer y puso una nueva prueba: el reino sería para quien trajera el anillo más hermoso.



Fue con sus tres hijos al jardín y sopló las plumas. La primera voló hacia el este y hacia allá se dirigió el hermano mayor. La segunda pluma voló hacia el oeste y hacia allá se encaminó el hermano del medio. Y la tercera pluma voló a poca altura y se posó cerca de allí, como la primera vez, al lado de la puerta levadiza.

Juan Bobo la alzó, bajó por la escalera,
tocó la puerta y escuchó la misma voz:

—Tocan a la puerta:

¿Quién será? ¿Qué querrá?

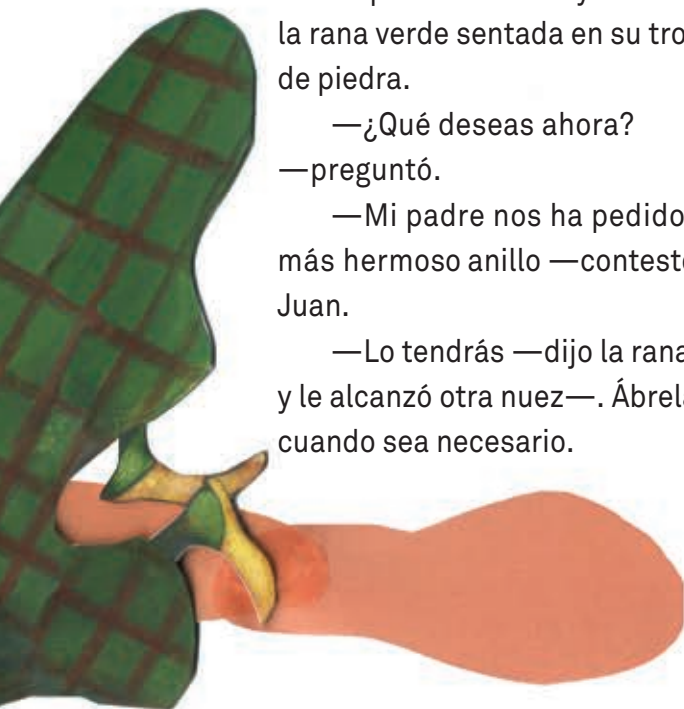
La puerta se abrió y allí estaba
la rana verde sentada en su trono
de piedra.

—¿Qué deseas ahora?

—preguntó.

—Mi padre nos ha pedido el
más hermoso anillo —contestó
Juan.

—Lo tendrás —dijo la rana
y le alcanzó otra nuez—. Ábrela
cuando sea necesario.



Juan regresó feliz al palacio. Los hermanos
tardaron unos días en volver. No habían
buscado mucho y en la primera aldea que
encontraron compraron unos anillos de cobre.

Cuando el rey supo que los tres estaban de
regreso, los mandó llamar.

—Muéstrenme los anillos —les dijo.

Los hermanos mayores mostraron los anillos que habían comprado. El rey los miró, luego alzó la vista y preguntó:

—¿Dónde está el anillo que me has traído, Juan?

Juan se metió la mano al bolsillo y sacó la nuez.

Los hermanos se echaron a reír.

—¡Una nuez! Padre, ha traído otra nuez.



Juan abrió la nuez y adentro estaba el más maravilloso de los anillos, hermosamente trabajado y adornado con brillantes piedras preciosas.

El rey estaba muy admirado y dijo:

—Juan, el reino es tuyo. Has traído, sin duda, el más hermoso de los anillos.



Pero los hermanos nuevamente se pusieron a reclamar y a decirle al padre que Juan no sabría gobernar, que era bobo y no tenía juicio. Una vez más, el padre se dejó convencer. Dijo entonces:

—Como los tres debéis casaros, es hora de buscar esposa. El reino será para aquel que traiga a la novia más hermosa.

Una vez más sopló las plumas y los hijos siguieron las direcciones indicadas. La pluma de Juan volvió a volar bajo y a posarse al lado de la puerta levadiza. Juan la alzó, bajó las escaleras y tocó la puerta. La misma voz se escuchó:

—Tocan a la puerta:
¿Quién será? ¿Qué querrá?

—¿Qué deseas esta vez?
—preguntó la rana.

—Mi padre nos ha dicho que debemos encontrar a la novia más hermosa.

—Yo puedo ser tu novia —dijo la rana—. ¿Te casarías conmigo, Juan?

Juan se sorprendió mucho de la pregunta. Aunque no podía decir que la rana era hermosa, ni mucho menos, ciertamente había sido buena con él, y le contestó:

—Sí, me casaré contigo.

—Bien —dijo la rana—. Me meteré en la nuez y tú la abrirás cuando sea necesario. Y así lo hizo.

Juan regresó al palacio y tuvo que esperar dos semanas a que llegaran sus hermanos. Habían encontrado en dos pueblos alejados a dos rollizas campesinas y regresaban muy contentos: “Juan Bobo no podrá encontrar una hermosa novia ¡jamás!”, pensaban.



El padre llamó a los tres y les pidió que le presentaran a sus novias. Los mayores llevaron a sus gordas campesinas para que el rey las contemplara. El rey las miró y luego alzó la vista.

—Y tú, Juan —preguntó—. ¿Dónde está tu novia?

Juan sacó la nuez de su bolsillo.

—¡Otra vez la nuez! —rieron sus hermanos.

Juan juzgó que era el momento de abrirla. Lo hizo con temor porque la rana desluciría frente a las novias de sus hermanos, pero ya había dado su palabra de casarse con ella y no podía arrepentirse. Cerró los ojos y abrió la nuez.

Pero de adentro no saltó la rana, como Juan esperaba, sino que apareció una hermosísima mujer vestida con una preciosa túnica verde y transparente como el agua.

—Es, sin duda, la más hermosa —sentenció el padre—. Juan será mi heredero.



Nuevamente, los hermanos reclamaron airadamente y le rogaron al rey que modificara su decisión:

—No podemos consentir que Juan Bobo sea rey.

Y el rey se avino a hacer una última prueba. En medio del salón colocó un aro de oro.

—Las tres jóvenes deben saltar por el aro —dijo.

Las novias de los mayores eran pesadas y torpes y se cayeron al intentar saltar. Pero la novia de Juan Bobo saltó y pasó por el aro sin tocarlo, ágil y ligera como una rana.

Nada más pudieron reclamar los hermanos. Juan fue coronado rey y gobernó muchos años con buen juicio.

Y la reina siguió jugando mucho tiempo con el aro de oro.

Los animales y las personas dan para escribir mucha literatura. Lee *Hermano de los osos*, la historia de un muchacho que aprendió a sobrevivir gracias a una gran osa. Búscalo en tu Biblioteca de Aula.

El alebrije

✿ Carlos Maltés

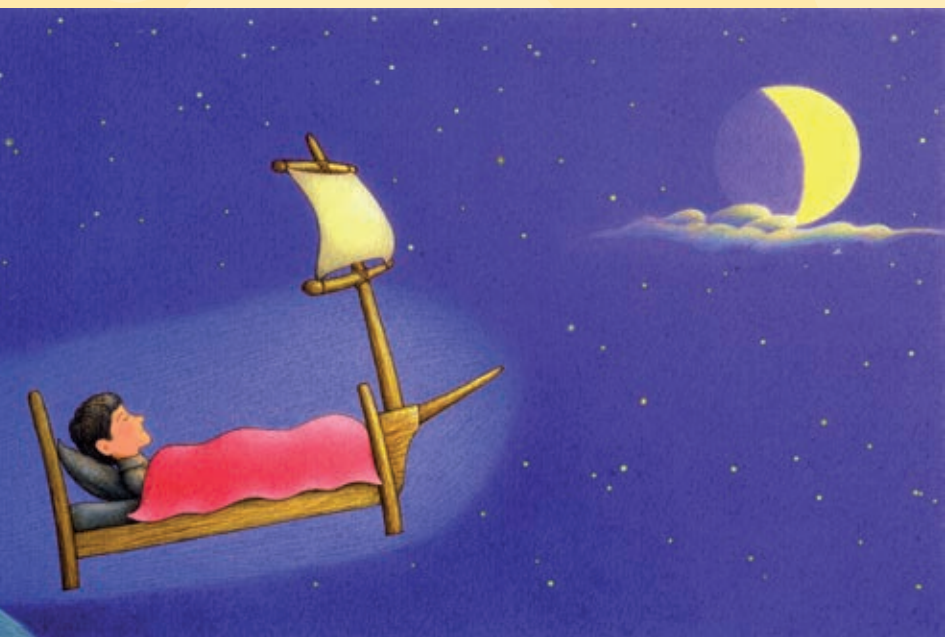




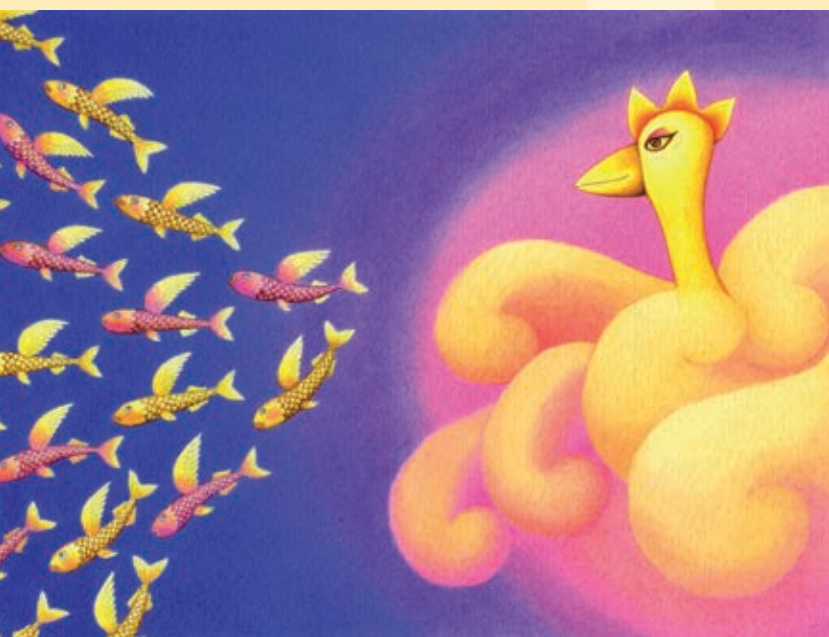
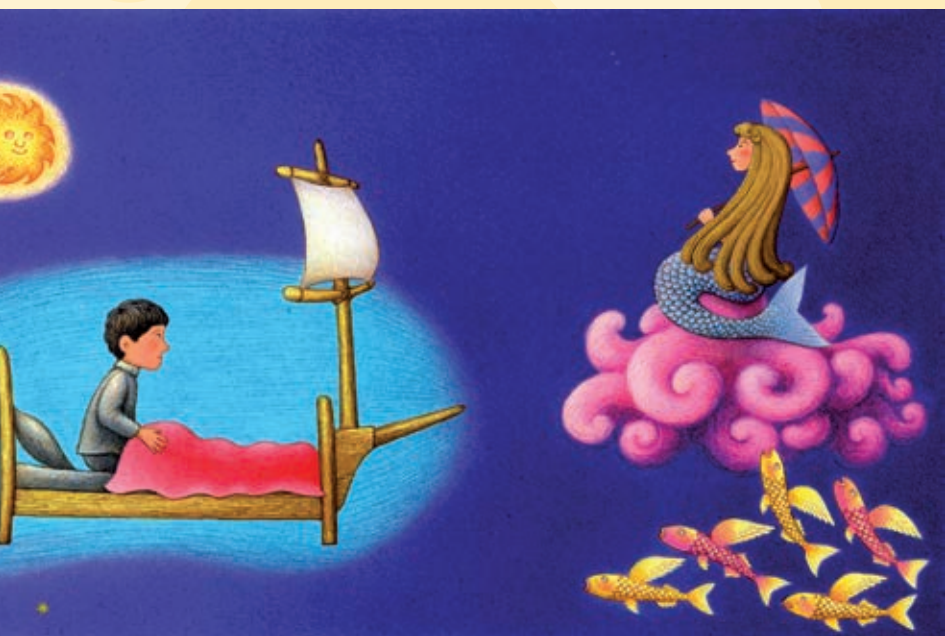




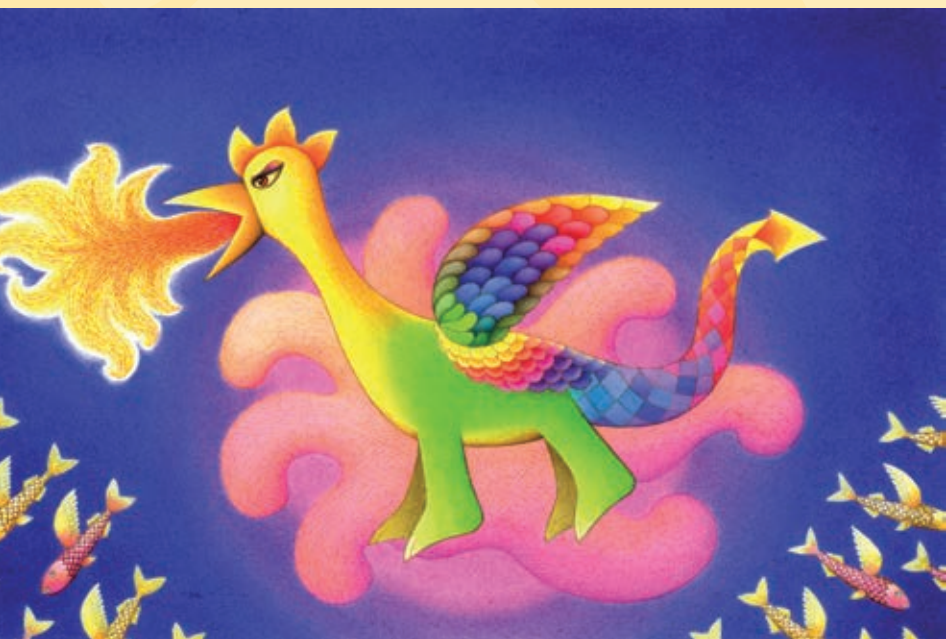






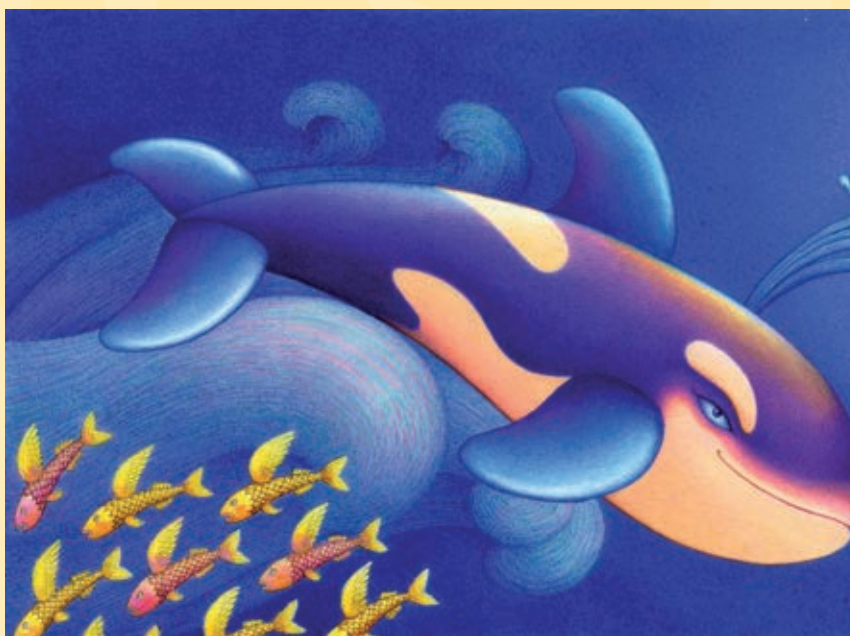




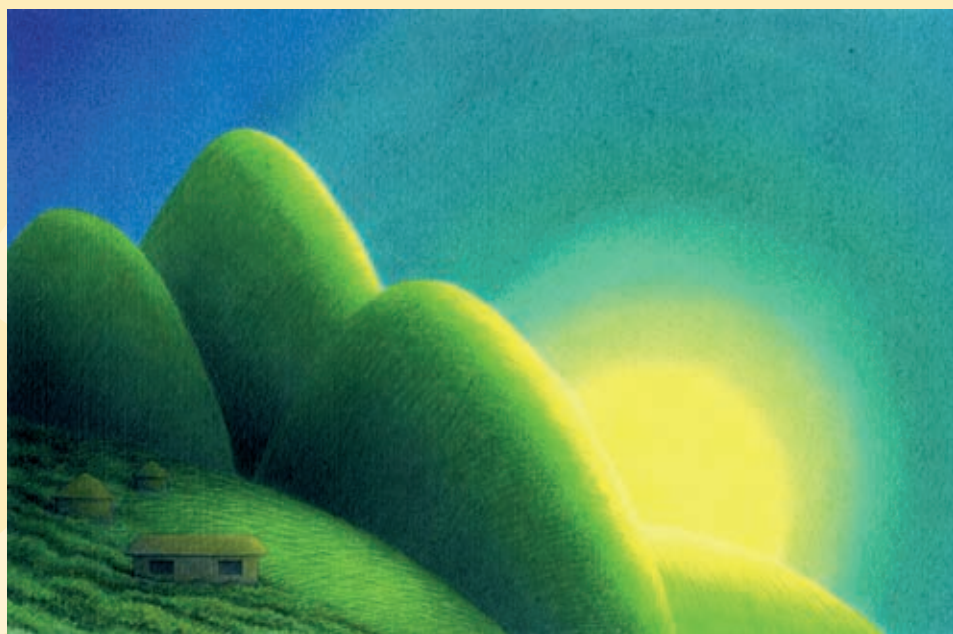


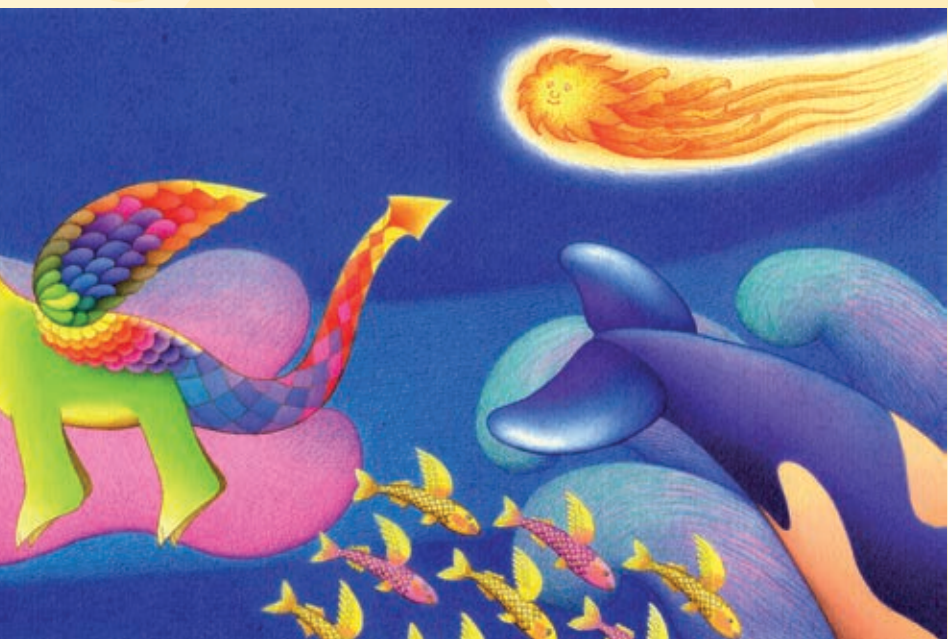




















Para conocer otra historia sin palabras pero que cuenta mucho, busca *Zoom* y observa todos los detalles. Lo encuentras en tu Biblioteca Escolar.



Tlálloc

✿ TEXTO: Efraín Huerta / ILUSTRACIÓN: Richard Zela

Sucede
Que me canso
De ser dios
Sucede
Que me canso
De llover
Sobre mojado

Sucede
Que aquí
Nada sucede
Sino la lluvia
 lluvia
 lluvia
 lluvia

Mocambo

✿ TEXTO: Efraín Huerta / ILUSTRACIÓN: Richard Zela

Hasta
Ayer
Comprendí
Por qué
El mar
Siempre está
Muerto
De brisa

Alma mía de cocodrilo es otro libro de poemas de Efraín Huerta en el que dialoga con los niños. Búscalo en tu Biblioteca de Aula.

Refranes del Quijote

✿ TEXTO: Miguel de Cervantes Saavedra, fragmentos

ILUSTRACIÓN: Luis Pombo

Dime con quién andas y te diré quién eres.

El que a buen árbol se arrima,
buena sombra lo cobija.

A quien Dios se la dé,
san Pedro se la bendiga.

Quien canta, sus males espanta.

Tantas veces va el cántaro a la
fuente, que al final se rompe.

Si da el cántaro en la piedra,
mal para el cántaro; y si la
piedra da en el cántaro, mal
para el cántaro.



En tu casa cuecen habas,
y en la mía a calderadas.

La codicia rompe el saco.

El dar y el tener,
seso ha menester.

Los duelos, con
pan son menos.

La doncella honesta,
el hacer algo es su fiesta.

La experiencia es
la madre de la ciencia.

Una golondrina no hace verano.

Júntate a los buenos,
y serás uno de ellos.

Ir por lana y salir trasquilado.



La letra con sangre entra.

No es la miel para
la boca del asno.

La mujer honrada,
la pierna quebrada
y en casa.

No con quién naces,
sino con quién paces.

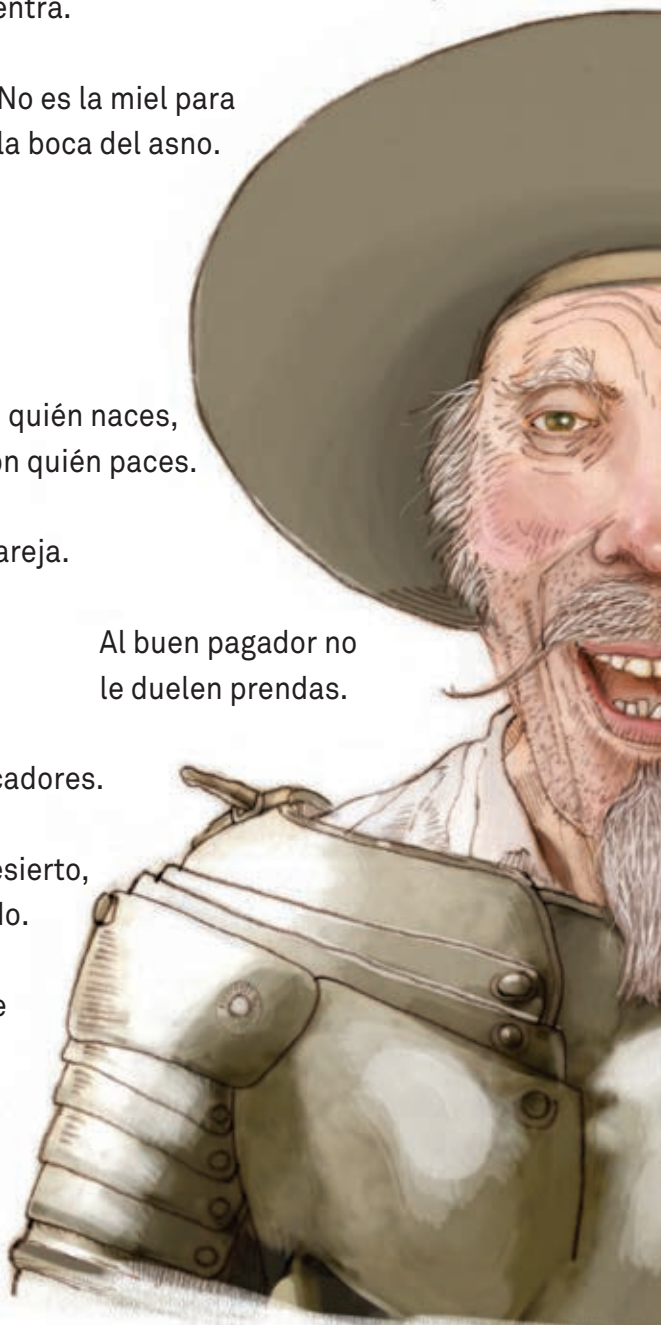
Cada oveja con su pareja.


Al buen pagador no
le duelen prendas.

Pagar justos por pecadores.

Predicar en desierto,
sermón perdido.

Donde una puerta se
cierra, otra se abre.





Quien bien te quiere,
te hará llorar.

A Dios rogando y con el mazo dando.

Dijo la sartén a la caldera/
Dijo la sartén al cazo.

Al hijo de tu vecino,
límpiale las narices
y mételo en tu casa.

Viva la gallina, aunque sea con pepita.

Quien yerra y se enmienda,
a Dios se encomienda.

Conviértete en un experto
en refranes y dichos leyendo
*Del dicho al hecho... Refranes
y gráfica popular mexicana*,
de tu Biblioteca Escolar.

El mundo de don Quijote

✿ TEXTO: Miguel de Cervantes Saavedra, adaptación

ILUSTRACIÓN: León Braojos

En un rincón del pequeño país de la Mancha, que queda en España, vivía un señor flaco, alto y cincuentón.

Algunos dicen que se llamaba Quijada. Otros dicen que se llamaba Quesada. Otros dicen que ni de una ni de otra manera.

Pero ese detalle no importa demasiado.

Lo que sí importa es saber que este señorón no se preocupaba de casi nada. Ni de su campo ni de su casa ni de su ama de casa ni de su sobrino ni de su amigo el cura.

Lo único que le interesaban, eran sus libros. Grandes y chiquitos, gordos o flaquitos, los libros y sólo los libros ocupaban todos sus días y todas sus noches. Pero sus libros eran muy especiales: eran libros de caballería.



Lo cual quiere decir que en sus páginas vivían las hadas, los magos, algunos sabios, jarabes milagrosos, encantamientos, gigantes, los malos y... los buenos. Los buenos eran, por supuesto y casi siempre, los caballeros andantes. ¡Los caballeros andantes! Esos señores guerreros que iban siempre a caballo por todas partes, metiéndose en líos y más líos.

Esos señores que no asomaban la nariz fuera de casa si no llevaban puesta su complicadísima armadura y su pesado yelmo (que era un casco con visera) y si no llevaban en una mano el escudo y en la otra la lanza.



Esos señores que no estaban tranquilos si no tenían cada cual su dama, a quien ofrecer hazañas y proezas. Que andaban de torneo en torneo y de duelo en duelo. Esos señores que estaban siempre entre hadas y magos y que llevaban en los bolsillos pomaditas mágicas y filtros de amor.

Y tanto lo embarulló a aquel señor Quesada o Quijada, o como se llamara, el mundo de los libros de caballerías, que terminó por soñar despierto.

Soñaba con armaduras importadas y con yelmos espantamoscas.

Y veía magia, aventuras y caballeros andantes hasta en la sopa.

De esta manera empezó a hacer disparates de lo más divertidos.

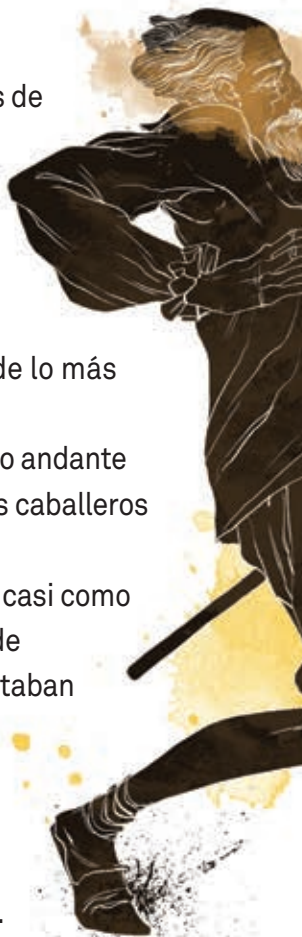
Empezó a creer que él también era un caballero andante como el más andante y más caballero de todos los caballeros andantes.

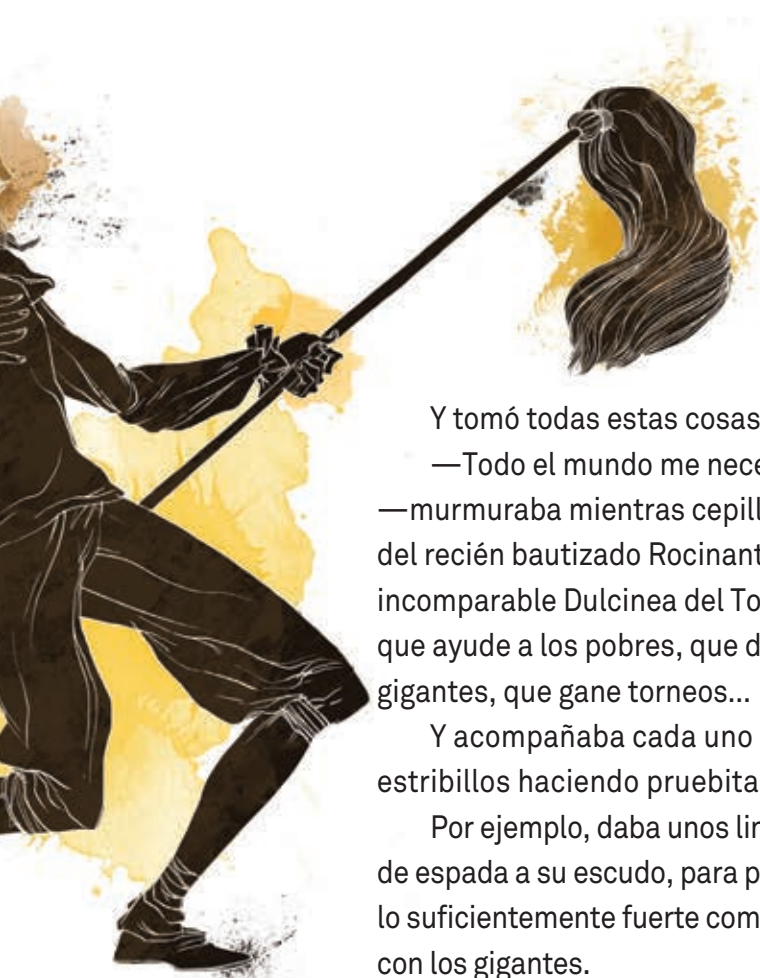
Empezó a vestirse como un caballero, o mejor, casi como un caballero, porque su armadura y escudo eran de cartón, sus armas eran las de su tatarabuelo, y estaban herrumbradísimas.

La dulce dama a quien iba a servir, como si fuese su novia, era una aldeana vecina a quien le dio el nombre de Dulcinea del Toboso. Nombre que sonaba muy bien.

Empezó a llamarse él mismo don Quijote de la Mancha (otros lo llamaron después el Caballero de la Triste Figura). Y a su caballo, que era más flaco que un palo de escoba, lo llamó Rocinante.

Empezó su iniciación como caballero quedándose toda la noche, con los ojos como medialunas, vigilando sus armas.





Y tomó todas estas cosas muy en serio.

—Todo el mundo me necesita
—murmuraba mientras cepillaba la cola
del recién bautizado Rocinante—. La
incomparable Dulcinea del Toboso me pide
que ayude a los pobres, que despanzurre
gigantes, que gane torneos...

Y acompañaba cada uno de estos
estribillos haciendo pruebas y piruetas.

Por ejemplo, daba unos lindos golpes
de espada a su escudo, para probar si era
lo suficientemente fuerte como para pelear
con los gigantes.

¡Pero lo único que comprobaba era que su escudo no
resistiría ni un estornudo del más miserable enemigo!

—¡También! —seguía murmurando mientras se ataba la
armadura a las costillas— mi honor, mi valentía, mi lealtad me
impulsan a buscar aventuras...

Y así, entre tanto armar y desarmar, recitar y murmurar, llegó
el día en que pensó que lo único que le faltaba era el escudero.

Fue a casa de un vecino suyo labrador y le dijo:

—Amigo Sancho Panza, te vengo a honrar con un
ofrecimiento: ¿quieres ser mi escudero?

—¡Por supuesto, su señoría! —contestó Sancho, aunque no había entendido ni jota.

—Será un gran honor para ti —le aseguró don Quijote—. Acompañarás a un importantísimo caballero, que soy yo, y recibirás como premio una isla para que la gobiernes tú solito.

A Sancho Panza esto último le pareció fantástico. ¿Ser gobernador y su querida mujer gobernadora? ¡Ni en sus sueños se le había ocurrido nada tan maravilloso!

Corrió a preparar su burro y a llenar sus alforjas con mucha comida, porque tenía una gran panza que rellenar.

Al día siguiente, al sol, de la sorpresa, se le cortó su primer bostezo. ¡No podía creer lo que veía! ¡Un señor tan alto y tan flaco, y otro tan rechoncho y gordinflón! ¡Un caballo tan flaco y un borrico tan resignado!

En una palabra, dos locos de atar que se alejaban poquito a poquito de la aldea.

—¿Adónde vas, don Quijote? —le cantó un pajarito preguntón que ya lo había visto varias veces, pero nunca con unos ropajes tan raros y con aquella lanza tan larga, que casi le hacía perder el equilibrio.

—¿Adónde vas, Sancho Panza? —le preguntó una lagartija al buen campesino.

Pero ni uno ni otro podían contestar.

Sancho, porque ya estaba pensando en la siesta que se iba a pegar después de comer, y don Quijote porque estaba pensando en su señora Dulcinea, a quien abandonaba para buscar aventuras quién sabía dónde y a qué distancia.

Porque sin aventuras no hay caballero andante.

Y sin caballero andante no hay aventuras.



¡Pero las señoras aventuras tardaban en aparecer y ya
habían caminado casi todo el día!

—Señor don Quijote —preguntó Sancho, que ya no daba
más—, ¿no nos vamos a tomar un descansito?

—Señor don Quijote —pensaba el burro en
que iba montado Sancho—, cómo se ve que no
llevas sobre tus espaldas más que un poco de
aire, pues si estuvieras en mi lugar, hace rato
que te hubieras detenido a descansar.

Y ya el sol se iba a acostar sin
diversión alguna, cuando el viento le dijo:

—¡Espera un poco, que nos vamos
a reír a costa de don Quijote!

Y empezó a hacer lo único
que sabe hacer el viento: soplar.

Y sopló y sopló.

Y no sólo el pastito empezó a
bailar al son del viento, sino
también las aspas de los molinos
de viento que había por allí. ¡Y
que eran unos cuantos!

—¡Mira, Sancho! —gritó don Quijote
regocijado—. ¡Cuarenta gigantes
amenazan agitando los brazos!

Y sin pensarlo dos veces, se lanzó al galope,
la lanza en ristre, en dirección a los molinos.

Sancho se pegó tal susto, que casi se cae de su burro. Pero
enseguida se le pasó el miedo, no porque fuera valiente, sino
porque no vio ni un solo gigante a su alrededor.





Sólo vio los molinos de viento. ¡Y la verdad que parecían gigantes!

Pero ya era demasiado tarde para advertir a don Quijote. ¡Porque éste ya se había estrellado contra las furiosas aspas de los molinos!

Y con honor y todo había volado por el aire.

Rocinante se dio un porrazo formidable. La lanza quedó rota en un millón de astillas.

Tan duro estaba Sancho sobre su cabalgadura, que le costó bastante bajar de ella y correr a socorrer a su señor como correspondía a un escudero correcto.

—¡Ya me parecía —gimoteaba— que no eran gigantes, sino molinos de viento comunes y silvestres, señor don Quijote! ¡Ahora sí que está usted hecho una triste figura!

—¡Ay, qué ciego eres, Sancho! —pudo decir entre hipos don Quijote—. ¡Eran gigantes, y muy gigantes! ¡Sólo que ese envidioso y entrometido del sabio Frestón los convirtió en molinos para quitarme la gloria de derrotarlos!


—¿El sabio Frestón?

—¡El sabio Frestón, Sancho, el sabio Frestón!

¡Es mi peor enemigo, y por culpa suya estoy ahora sin lanza, sin gigantes prisioneros y con el honor por el aire!

Así, pues, don Quijote con los huesos molidos y Sancho con el corazón todo apenado, subieron de nuevo en sus respectivas cabalgaduras y partieron al pasito.





Aquella noche, mientras Sancho dormía y soñaba con la isla que iba a gobernar, don Quijote se hacía una nueva lanza con una rama seca y fuerte al mismo tiempo que pensaba en Dulcinea y en la carta que le iba a mandar con su fiel escudero:

“A la hermosa Dulcinea del Toboso, de su valiente y esforzado Caballero don Quijote de la Mancha.

Aquí estoy, Dulcinea, separado de ti por muchas leguas y por la noche que no quiere terminar nunca. Hoy tuve una lucha con gigantes que fue malograda por el odioso Frestón, de quien seguramente habrás oído hablar y de quien te ruego tengas mucho cuidado porque es una mala persona. Mañana recuperaré lo perdido y seguramente dentro de poquitos días te llegarán deslumbradoras noticias de mí.

Adiós, Dulcinea”.

Y al fin se durmió pensando que realmente el día siguiente iba a ser portentoso. Tal vez al otro día salvaría a alguna princesa de la muerte, a algún pajarito de un gato, y tal vez conquistaría una isla para su escudero Sancho Panza.

Busca la adaptación para niños de la obra de Cervantes al teatro. El libro se llama *Don Quijote, amigo mío* y está en tu Biblioteca Escolar.

Los cinco soles

❁ TEXTO: Miguel León-Portilla / ILUSTRACIÓN: José Esteban Martínez

Se refería, se decía
que así hubo ya antes cuatro vidas,
y que ésta era la quinta edad.
Como lo sabían los viejos,
en el año 1-Conejo
se cimentó la tierra y el cielo.
Y así lo sabían,
que cuando se cimentó la tierra y el cielo,
habían existido ya cuatro clases de hombres,
cuatro clases de vidas.

Sabían igualmente que cada una de ellas
había existido en un sol (una edad).
Y decían que a los primeros hombres
su dios los hizo, los forjó de ceniza.
Esto lo atribuían a Quetzalcóatl,
cuyo signo es 7-Viento,
él los hizo, él los inventó.
El primer sol que fue cimentado,
su signo fue 4-Agua,
se llamó Sol de Agua.
En él sucedió
que todo se lo llevó el agua.

Las gentes se convirtieron en peces.
Se cimentó luego el segundo sol.
Su signo era 4-Tigre.
Se llamaba Sol de Tigre.
En él sucedió
que se oprimió el cielo,
el sol no seguía su camino.
Al llegar el sol al mediodía,
luego se hacía de noche
y cuando ya se oscurecía,
los tigres se comían a las gentes.
Y en este sol vivían los gigantes.

Decían los viejos,
que los gigantes así se saludaban:
“No se caiga usted”, porque quien
se caía, se caía para siempre.

Se cimentó luego el tercer sol.
Su signo era 4-Lluvia.





Se decía Sol de Lluvia (de fuego).
Sucedió que durante él llovió fuego,
los que en él vivían se quemaron.
Y durante él llovió también arena.
Y decían que en él
llovieron las piedrezuelas que vemos,
que hirvió la piedra tezontle
y que entonces se enrojecieron los peñascos.



Su signo era 4-Viento,
se cimentó luego el cuarto sol.
Se decía Sol de Viento.
Durante él todo fue llevado por el viento.
Todos se volvieron monos.
Por los montes se esparcieron,
se fueron a vivir los hombres-monos.



El quinto sol:

4-Movimiento su signo.

Se llama Sol de Movimiento,
porque se mueve, sigue su camino.

Y como andan diciendo los viejos,
en él habrá movimientos de tierra,
habrá hambre

y así pereceremos.

En el año 13-Caña,
se dice que vino a existir,
nació el sol que ahora existe.

Entonces fue cuando iluminó,
cuando amaneció,
el sol de movimiento que ahora existe.

4-Movimiento es su signo.

Es éste el quinto sol que se cimentó,
en él habrá movimientos de tierra,
en él habrá hambres.

Si te interesó este texto, puedes
revisar *¡Y el mundo se hizo así!*
Mito de la creación de la cultura
kiliwa, de tu Biblioteca Escolar.

Bibliografía

1. ERDMAN, Roxanna, *El colibrí* (cartel-cuento), México, SEP, 1999 (Libros del Rincón).
2. “El Conde Olinos”, en *Lírica española de tipo popular*, edición de Margit Frenk, México, Ediciones Cátedra, 2011.
3. CARBALLIDO, Emilio, *El pizarrón encantado*, México, SEP/Petra ediciones, 1996 (Libros del Rincón).
4. FISCHER, Rubén, “El trailerero de la carretera”, en *La Rumorosa y los aparecidos*, México, Conafe, 2002 (Literatura Infantil).
5. ROMO, Marta, “Alas de petate”, en *Por el agua van las niñas*, México, SEP, 1987 (Libros del Rincón).
6. WILDE, Oscar, “El fantasma de Canterville”, en *Español. Cuarto grado. Lecturas*, México, SEP, 2002.
7. HERNÁNDEZ, Josué, “La muerte y el pelón”, en *Cuentos de engaños, para hacer reír y fantásticos*, México, Conafe, 2012 (Hacedores de las Palabras).
8. “El engaño de la milpa”, en *Los cuentos del conejo*, México, Conafe, 1994 (Literatura Infantil).
9. “Una vaca y un edificio”, en *Así cuentan y juegan en los Altos de Jalisco*, México, Conafe, 1984 (Literatura Infantil).
10. GUILLÉN, Nicolás, “Sensemayá”, en *Llamo a la luna sol y es de día*, México, SEP/Conafe/Trillas, 1988 (Libros del Rincón).
11. GABILONDO Soler, Francisco, “El jicote aguamielero”, en *Cri Cri. Cuentos para cantar y canciones para leer*, México, SEP, 1999 (Libros del Rincón).
12. ROMO, Marta, “Galeano”, en *Por el agua van las niñas*, México, SEP, 1987 (Libros del Rincón).
13. Niños e instructores de Chan Chen Chuck, *El chicle. Cha'. Te Xuch'il*, compilación de Marta Acevedo, México, SEP, 2005 (Libros del Rincón).
14. GARRIDO, Felipe, “Tajín y los Siete Truenos”, en *Español. Cuarto grado. Lecturas*, México, SEP, 2005.
15. MORALES, José Luis, “Cuando se enferma la luna”, en *Orígenes y dueños. Por qué son así algunas cosas del mundo y cómo otras suceden en el monte*, México, Conafe, 2012 (Hacedores de las Palabras).
16. SAHAGÚN, Fray Bernardino de, “De la luna”, en *Historia general de las cosas de la Nueva España*, adaptación de Felipe Garrido, tomo II, libro VII, capítulo II, México, CNCA/ Alianza Editorial, 1995 (Cien de México).
17. REYES, Alfonso, *Sol de Monterrey*, México, SEP/Conafe/Trillas, 1988 (Libros del Rincón).
18. LOBEL, Arnold, “El viaje”, en *Historia de ratones*, traducción de Xosé Manuel González, México, SEP/Colofón, 2003.
19. ANDERSEN, Hans Christian, *El Patito Feo*, versión de Felipe Garrido.
20. Hermanos Grimm, “Las tres plumas o la princesa rana”, en *El libro de oro de los cuentos de hadas*, selección de Verónica Uribe, Caracas, Ekaré, 2003.
21. MALTÉS, Carlos, *El alebrije*, México, Conafe, 1996 (Mira un cuento).
22. HUERTA, Efraín, “Tláloc” y “Mocambo”, en *Poesía completa*, México, FCE, 1999 (Letras Mexicanas).
23. *Refranes del Quijote*, en <http://bit.ly/1krPwAr> (consulta: 13 de mayo de 2014).
24. *El mundo de Don Quijote*, adaptación de Cristina Gudiño Kieffer, México, SEP/Centro Editorial de América Latina, 1988 (Libros del Rincón).
25. León Portilla, Miguel, “Los cinco soles”, en *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, FCE, 2005.